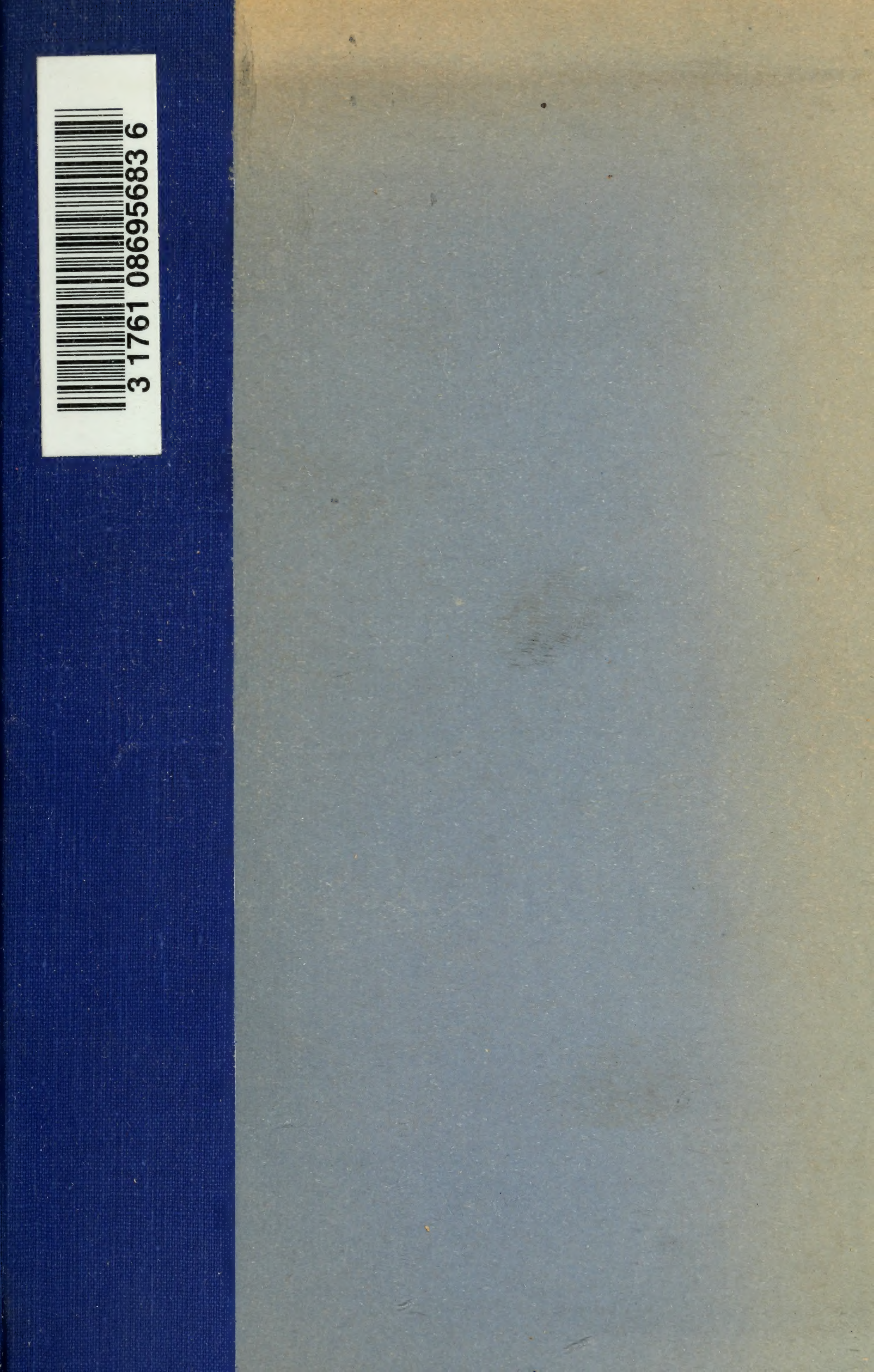

3 1761 08695683 6

N C

Alberto Casañal Shakery

Nuevo Libro de los Enxemplos

Prólogo de Rafael Pamplona

BIBLIOTECA "ARGENSOLA,,
CECILIO GASCA, LIBRERO. COSO, NÚMERO 33
ZARAGOZA

IMP. DE ABADÍA Y CAPAPÉ. INDEPENDENCIA, 29. ZARAGOZA

Prólogo

No sé si estas cuatro líneas, que van á servir más que nada para impacientar al benévolo lector deseoso de saborear las páginas bellísimas de esta obra, merecen el nombre de prólogo. En todo caso tenga presente que así le llamo por no faltar á la costumbre, y que, si temiera enojarse con su lectura, puede prescindir de ella, seguro de que no perderá gran cosa.

Alberto Casañal, el autor del **Nuevo Libro de los Enxemplos,** *tiene la fortuna de ser uno de los jóvenes escritores aragoneses más conocidos y justamente admirado, no solo por los aficionados á las buenas letras, sino por el público grande, por el público que solo se conquista cuando se tiene el acierto de penetrar en el alma del pueblo y saber interpretar sus sentimientos con el arte exquisito, patrimonio de los elegidos, que se llamaron en pintura Goya, en la dramática Ramón de la Cruz, etc., etc.*

Pocos como Casañal han sabido llevar á la escena y al libro el tipo noble y socarrón del baturro aragonés, presentándolo con el colorido y las proporciones que constituyen la característica de la gente de esta tierra, sin exagerar los trazos que convierten al rostro en caricatura, ni adobar sus chispeantes decires con exóticas gracias, que no son otra cosa que el mejor aparejo del ridículo.

Los baturros de Casañal piensan, sienten y dicen, como dicen, piensan y sienten los hijos del pueblo aragonés; y en esto está el secreto de que Casañal sea un autor cuyos libros alcanzan una tirada que pueden envidiar muchos escritores regionales, y cuyas obras dramáticas le han cosechado entusiastas aplausos en los teatros principales de la Corte, donde la crítica sanciona y consagra las legítimas glorías del arte escénico español.

Pero Casañal es un joven de cuyo talento y cultura literaria teníamos derecho á esperar algo más que el sano aragonesismo, si se me permite la frase, que hasta ahora había constituido principalmente su especialidad, y en efecto, los nuevos frutos de su ingenio no se han hecho esperar, y hoy la Biblioteca "Argensola„ se complace en ofrecer sus primicias á los amantes de

las buenas letras, con el volúmen interesante que lleva por título **Nuevo Libro de los Enxemplos.**

No puede decirse que este libro sea una imitación de la obra de Clemente Sanchez, el arcediano de Valderas en la iglesia de León.

Mejor que imitación es una verdadera continuación. Demuestra en él Casañal, que conoce á fondo nuestra literatura clásica. y que ha hecho un estudio concienzudo del estilo y formas del lenguaje de aquellas épocas para dar á sus trabajos todo el sabor arcáico que tienen los escritos de finales del siglo XIV y comienzos del XV, que es cuando debió aparecer, según el sapientísimo maestro D. Marcelino Menendez Pelayo, el **Libro de Enxemplos** *ó* **Suma de Enxemplos por A. B. C.,** *que por tanto tiempo se consideró de autor anónimo*

Lo mismo que el libro de Clemente Sanchez, forma la obra de Casañal una colección de cuentos. Cada uno de ellos va precedido de una sentencia en dos líneas rimadas, que contiene la moralidad del apólogo.

Del acierto que Casañal ha tenido para elegir y desarrollar la fábula que constituye el nervio de cada cuento, el lector júzgará, y estoy seguro que él y yo estaremos de acuerdo en admirar

el ingenio con que el autor ha sabido vencer las muchas dificultades que lleva consigo el compendiar en una relación somera y rápida un motivo, un asunto que tenga la virtud de excitar nuestra curiosidad y encantar nuestra imaginación.

Rafael Pamplona

Nuevo Libro de los Enxemplos



ENXEMPLO I

Favor muchas vegadas concedido
acaba por non ser agradescido.

En Cremona, fué un home muy rico e buen christiano que llamaban Allicio, el cual veyendo lo engannosas que son las riquezas deste mundo, empleaba las suyas, muy sesudamente, en acorrer al prójimo, e ansí non habie enfermo que él abandonase nin mendigo que non favoresciese.

E una noche de grand escuredumbre, andando por la cibdat, falló en la rua á un viejo mucho pobre, que estaba vestido de una vestidura rota e de pedaços muy vil; e llegóse antél; e muy compasivamente preguntóle cual era su cuita; e como el viejo respondiera fallábase fambriento e sitibun-

do, llevógelo a su casa e fízole posar en ella. E sentados á la mesa, el uno cara al otro, Allicio ordenó al su viandero sirviérales fabas e perdices e dellas el mendigo, que habie entre otros muy peores vicios el de ser algo garganfero, comió con deleyte cuantas quiso, e luego partiose dende muy agradescido e conhortado.

E pasados tres dias tornóse á la cibdat; e fué á casa de Allicio e suplicóle diérale nuevamente de comer. E Allicio, muy alegre, regalóle como ante con fabas e perdices e díjole que non hobiese vergüenza nin temor de volver y, siempre que el frio e la fame le afincasen.

E otro día, el mendigo membrándose deste generoso ofrecimiento, tornó á se presentar ante el su protector; e sentóse á la mesa; e como veyese que traya el viandero las mesmas viandas de costumbre, llegóse á Allicio e preguntóle: «Señor ¿podríades me dar cosa que non fuese fabas nin perdiz que dellas estó harto?» «Tal faré yo con mucho gusto» dijo Allicio.

E llamó á sus servidores e ordenó sacáranle fuera della casa e moliéranle el cuerpo á palos por desagradescido.

Desto se puede bien recolegir que, seyendo muy baja e imperfeta la condición del humanal linaje, á nadie le se non debe facer nengúnd favor muchas vegadas, ca la primera vegada rescíbese el favor con agradescimiento; e la segunda vegada, con indiferencia; e la tercera vegada con enojo.

E porque sean todos ende sabidores, el auctor fizo este cuento e puso en él lôs duos viesos que desuso pueden se veer escriptos.



ENXEMPLO II

Qui trata á los humildes con desdén
con un mazo meresce que en la fruente le dén.

Dize la lienda que un rústico fué á la Corte e presentóse y á facelle una demanda á un grand señor. E como quier que inorase las costumbres que han los personajes palatinos, tendióle la mano humildemente para le saludar. E cuando esto vido el palaciego, que era asaz soberbioso, muy enojado replicóle: «Tente nescio, que fuese en mí grand bellaquería le tender la mano á qui atan por debajo está de mi persona.»

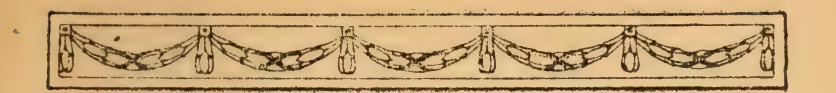
Tornóse al su logar el rústico todo corrido e descorazonado; e otro día acaesció que el palaciego saliose á perseguir los jabalines, e desbocósele el caballo, e cayó con él en

una escura e solitaria sima de guisa que non podie salir della si le non acorriesen e ayudasen.

Violle caer el rústico e llegóse y, e muy dolorido el palaciego díjole: «Buen home ¿querríades me tender la mano que sin tal ayuda non podré salir desta peligrosa fondonada.?»

E contestóle el rústico: «Non faré yo tal agora, que fuese en mí una grand bellaquería le tender la mano á qui *atan por debajo está de mi persona.*»

E partiose. E tal le non acontesciera al palaciego si non hobiese atanto orgullo.



ENXEMPLO III

Dos vegadas maridar
non es cosa de alabar.

Decirvos he que en el año del Señor de mil e doscientos e siete, moró en la cibdat de Boloña una donzella que era de muy sanctas costumbres, e otrosi de mucho seso e despusición para los componimientos de la casa, e fermosa á grand maravilla e de nombre Rubena.

E como quier veyese que su virtud e fermosura movian á cobdicia, e los homes (que son todos lesongeros e non fazen cosa sinon con sotileza) afincábanla e perseguíanla de contino, temerosa de que algúnd dia el diablo la tentase con grave dapno para el alma e grand denuesto e grand vergüenza para

2

la fama e para el cuerpo, cató de poner á buen recabdo su honestad en puerto sin tormenta, e casóse con un caballero ginovés, el qual era muy rico e de muy gentil apostura e fazie mucho bien e por ganar la gloria de Dios vivia en grand humildad e apartamiento sin parar mientes en la ufania deste mundo que es todo vanidad sin pró.

E acaesció que desque Rubena casara con un atan noble caballero, vióse dél muy amada e bien servida; e ansí mesmo ella amábale e servíale á todo su sabor, e non fizieron nunca vida contraria uno del otro, e fiáronse todas sus faziendas e sus poridades, e pasaron cinco años desta guisa e muchos más pasaran si otra cosa el Señor non despusiese.

E lo que el Señor despuso, non fué al sinon que el ginovés, magüer era animoso e bien andante, dolesciérase de una penosa enfermedat, de la qual los físicos dijeron que en ninguna guisa non podría guarescer, por ser cosa del fígado é non haber ellos estonce las melecinas que habian mester en aquel caso, que eran unas yerbas que sólo en Antioquia se criaban e les non daba tiempo de ir á las buscar.

E todo resultó ser verdad e, tal como los físicos dijeron, ante de dos meses murióse el ginovés por flaqueza de natura, e Rubena fizo ende atan grand llanto, que mayor lo non podiese resistir. E porque fuese cognoscida e llorada su desgracia en toda la cibdat, despuso dijéranse misas e oraciones, e mandó que todos los dias, hasta complirse el año, doblasen grand pieza las campanas.

E agora sabed que Antón Layn el campanero, subióse al campanario de la Iglesia, e al voltear una campana fué cogido della e lanzado fuera de la torre; e quiso Dios que en la caida se non fiziese dapno nin ferida alguna, e porque tal acontesciese, quedóse enganchado del calzón en un clavo de fierro que habia clavado en la paré, cosa de trenta palmos sobre el suelo. E de allí ayudáronle á bajar. E los que tal veyeron, afirmaban ser aquel uno de los más portentosos mirágulos de quantos eran estonce cognoscidos.

Súpolo Rubena e mandó á buscar al campanero e díjole que seyendo ella la causa de que se hobiese visto en tan grave e apurado riesgo, pidiérale la recompensa que quisiese e gela otorgaría de buen grado. E quando esto hobo oydo, Antón Layn que es-

taba enamorado de Rubena, fincó antella los ynojos e demandole perdón por su atrevencia e dijo: «Yo non deseo al, que ser de vos amado e acatado desoy como marido.»

Espantóse Rubena desque sopo que Antón Layn la cobdiciaba e fué ende muy sañuda e quedóse grand pieza atordida e como embriaga sin poder dezir cosa, ca non sabia que dezir de tan sañuda como fué. E luego, recobróse; e cató á diestra e á siniestra temiendo que alguno la asechase; e veyendo que la non oyan nin asechaban, llegó do estaba el campanero e con mucha dolzura e sotileza, sin le facer semblante extraño, dijo: «Placerme-y-a mucho ser esposa vuestra, más non podré lo ser en tanto non mostredes claramente ser cierto e doradero vuestro amor, ca yo he cuanto dezís por cosa artificial e contrahecha e sin valor alguno; e ansí porque non quede sobre esto dubda nin sombra de fición, quiero vos someter agora á una muy dura e temeraria preba, la cual consiste en que subays lo más aina que podierdes al campanario de la Iglesia e vos dejeis caer desí sin traba alguna; e si á Dios Nuestro Señor ploguiese que, como ante, quedáseis enganchado del calzón,

seredes mi marido, e lo non seredes si acontesciera de otra guisa.»

Calló Rubena e quedóse pensoso el campanero e luego púsose enfiesto e dijo: «Por mi fé que, si Dios me ayude, non he yo esperanza de ver logrado mi deseo, ca cierto só de non volver á topar con aquel clavo, magüer dejárame caer mil veces» E á esto contestó Rubena: «Cogido vos he, Antón, e bien se me trasluce la respuesta, ca sabed que tan dificil es que un campanero salga vivo e non sofra rotura nin magullamiento al se caer de lo alto de una torre, como que una mujer acierte á se casar dos veces con fortuna. E ansí, quedad con Dios e irvos ende e non porfieys más, que yo, como vos, dí una vez en el clavo e dar non quiero cient en la erradura.



ENXEMPLO IV

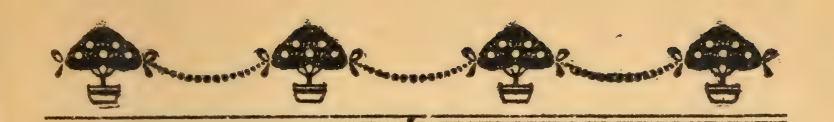
Teme al que es de distinta condición
y muestra haber tu mesma inclinación.

Cuentan las corónicas de un rey el cual queriendo recompensar á un gentilhome por un muy grand servicio que rescibió dél en la guerra contra el turco, llamóle á su presencia; e mostrándole dos fermosos palafrenes, blanco el uno é negro el otro, autorizole para que dellos tomase el que quisiese. E dijo el gentilhome: «Señor, ruégovos me digades cual tomariays vos en mi logar.» «Yo —contestó el rey—escugiría el blanco.» E respondió el gentilhome: «Pues que vos tomariades el blanco, me permitid, señor, tomar el negro que es más de mi gusto.»

Maravillado el rey de que mostrase haber

una afición tan diferente de la suya, preguntóle la causa, e muy homilde e cortesmente replicóle: «Desconfiad, señor, de aquel vuestro vasallo que haya los mesmos gustos e caprichos que vos, ca tales podrían estos ser que los non podiese realizar en tanto su condición fuese distinta de la vuestra y, estonce, tornárase envidioso; e sabed, señor, que la envidia es el peor enemigo de los reyes.»

Tan contento fué el rey desta respuesta que obligó al gentilhome á tomar amos palafrenes; e tanto de hondra fizo en adelante á él é á los suyos, que más non podieron desear.



ENXEMPLO V

Non ha ningúnd castigo que convenza
á la mujer que pierde la vergüenza.

Hay un cuento que diz que en la cibdat de León, de sobre el Ruédano, moraban en la misma vivienda un especiero e un maestro de facer obras de metal. E una mañana, á hora de tercia,[1] saliéronse amos de paseo fuera de la cibdat e aluengáronse della luengo trecho, e llegado que hobieron á una solitaria cueva do solían ir los venadores á venar los venados, sentáronse á beber e á descansar; e aina comenzaron á departir de sus mujeres, las cuales eran de tan liviana condición que non pasaba día que furtiblemente non cometiesen alguna grave falta,

(1) Las nueve.

pues non tomaban amas más cuidado que comer e folgar e tomar placer con otros homes.

E dijo el un marido: «Tiempo ha que estó cierto de que tu mujer é la mía mancellan nuestra hondra, e como tal mancellamiento lo non debemos más sofrir, ca sería grand mengua lo sofriésemos, pensado he que, antes que nos veamos mal traidos de los extraños e de los parientes, sería bien las castigásemos de guisa que nunca jamás vuelvan á nos desobedescer nin contrallar.

E dijo el otro: «Castigado he yo á la mía más de cient vegadas con este fuste que aquí traigo, e assí escarmienta ella como yo só turco.» E dijo el que fabló primero: «Luenga labor terníamos si cada que pecasen habiámoslas de castigar, ca bién sé yo que en veinte siglos non sería nuestro fecho enderezado.» E dijo el segundo que fabló: «Grand verdad es esa, e por ende non he fiucia de que podamos nos librar desta tribulación.» E dijo el especiero: «Aina quedaremos amos libres della, sin más que facer lo que he yo pensado que fagamos; que es, el que nos tornemos agora á la cibdat, e sorprendamos dormiendo á nuestras dos muje-

res; e las trabemos de guisa que se non puedan mover; e las metamos en un saco; e assí guisadas, las traigamos á esta cueva; e las empezguemos el cuerpo con betume; e fagamos luego con tomillos e serpias una fogarada; e las quememos vivas en la fogarada que fagamos. E si tal ficiésemos, dígote que ellas quedarían limpias de pecado, e nosotros de cuitas e tribulaciones.» E dijo el maestro de facer obras de metal: «Bravo remedio es ese, e non me semeja que sería acertado contradecir tan buen consejo. Tornemos, pues, á casa e fagámoslo todo como conviene á nuestro pró.»

E dicho esto, levantáronse; más ante de que podiesen dar un paso, comenzó á tremer el suelo e cuando le vieron tremer assí, pensaron que el mundo se quería perecer; e hobieron gran pavor; e quedaron quietos, como piedras, sin poder levantar brazo nin cuxa y estonce les dijo una voz gruesa, assí como si fuese de cuerpo: «Ninguno fable nin se mueva, ca le verná dende mal.» E muy espantados desta voz, cataron de una y otra parte, pensando que el diablo debía andar cabe ellos; e veyeron que salia de la cueva un vivo resplandor e que había un culebro den-

tro della; e luego salió el culebro de la cueva e fuese pora donde estaban e díjoles: «Oydo he yo desi la fabla que habeis amos fablado e conséjovos non fagais cosa tan vil como es el matar e quemar á vuestras dos mujeres, ca yo vos juro, por aquel Dios que temen todos los diablos del infierno, que non habedes mester al, para salir de vuestro afincamiento, que tomar esta caja que en la boca traigo, e con el ungüento que veredes que hay en ella, untar en mitad de la fruente á vuestras esposas cuando estén dormidas; e desque esto sea fecho, non podrán ellas facer desaguisado que se non descubra, ca sabed que tan aina como caigan en pecado les saldrá en la cabeza un cuerno negro e retorcido, como de carnero; e cada que pequen, les crescerá una vuelta el cuerno; e desta guisa vosotros quedareis sabidores e vengados y ellas envergoñadas e arrepentidas pora siempre jamás.» E sin más decir, entróse el culebro en la su cueva; e los duos amigos, muy alegres e maravillados, tomaron la caja del ungüento que había dejado el culebro encima de una piedra, e tornáronse á la su casa; e quiso Dios que fallasen dormiendo á sus muje-

res; e ante de las despertar, diéronles en la fruente con aquel ponzoñoso ungüento, el cual estaba fecho de gusanos e olia peor que ninguna cosa por mala nin podrida que fuese.

E aquella noche, los maridos, que sentían comezón de ver si era verdad lo que el culebro había dicho, llamaron á sus mujeres ante sí e dijéronles que habian nescesidad de partirse dende sin demora, para facer un luengo viaje, e que non sabían cuando tornarían dél. E fingiendo grand pesar, despidiéronse dellas, e abrazáronlas e saliéronse de la casa e dejáronlas solas.

E Graciana, que era la mujer del especiero, luego que estovo sola, llamó á un su conosciente con el que había mucho de amistanza, e yogó con él; e á poco de yogar, fué muy espantada de ver que le salía un cuerno cabe una de las sienes; e fizo ende muy grand llanto. E aún fízolo mayor desque vido que Laureola, que era mujer del que facía las obras de metal, comenzó á se reir descompasivamente e á facer trebejo della.

E al otro día, Laureola cometió pecado de lujuria con un fornero amigo suyo; e, como á Graciana, salióle en la cabeza un cuer-

no laido e negro. E assí que amas veyéronse en el mesmo estado de igualeza, consoláronse aina e muy prácidamente posiéronse las dos á delibrar sobre cual dellas había mayor cuerno. E veyendo Graciana era mayor el de Laureola, hobo ende grand envidia e pecó otra vegada pora que el su cuerno le acresciese, e acresciole una vuelta. E Laureola, estonce, non quiso ser menos que su amiga e curó de que aumentase dos vueltas más el suyo, e consiguiólo. E ansí fizo la envidia que una e otra rescibiesen aquel afrentoso e vil castigo como si fuese lumbroso gualardón, e mostrábanse atanto más alegres e orgullosas cuanto mayores eran su afrenta e su deshondra.

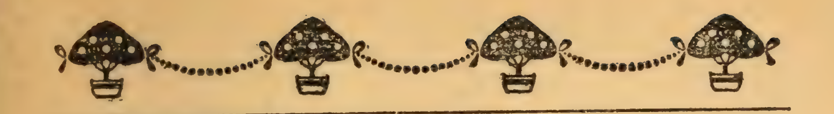
E sabidores ende los maridos, volvieron muy sañudos do estaban sus mujeres; e al entrar en la casa, veyeron desuso de la puerta, escriptos con tinta bermeja, dos viesos que decían:

«Non ha ningúnd castigo que convenza
á la mujer que pierde la vergüenza.»

E luego de leídos estos viesos, vinieron los dos en suspición de que el culebro habíales fablado por enfinta, e ficieron lo que

de un principio quiso el especiero que ficiesen, que fué sobir á la alcoba do solían dormir amas mujeres, e trabarlas, e empezgalas con betume e quemarlas vivas.

E ansí, fueron ciertos de que non volverían á pecar en tanto non resucitasen.



ENXEMPLO VI

El ladrón de más seso, al robar,
déjase siempre un cabo sin atar.

Acaesció una vegada que como quisiesse un pobre lennador vadear un aguazal, mojáronsele las calzas, e hobiendo miedo de la humedá e de su mujer (que de amas, por ser viejo, temía le aviniese grave dapno) quitósellas, e dejándolas cabe una cañavera, al sol, para que se secasen, tendióse á dormir sobre unas herbizuelas, las cuales, por ser ya llegados los primeros días del otonno, comenzaban á amarellecer.

Luego que dormió grand pieza, abrió los ojos, e como quier fallase que dellas dos calzas que cerca de sí dejó, non habie sinon

una, vino el buen home en pensar que algúnd ladrón habríasela tomado al le fallar dormido, ca seyendo la mañana calurosa e apascible, non era razonable culpar al viento de la falta.

Muy desconsolado el lennador, comenzó á dolescerse e á lorar atan rabinosamente, que los fuertes gritos que daba hobieron de ser oydos por un rico home del logar, el cual habiéndose partido el día de ante á una cibdat vecina á fazer varias compras, volvía con ellas á su casa.

Deseoso el tal rico home de consolar á quien atanto mostraba haberlo mester, acercóse muy compasivamente al lennador e preguntóle cual era la causa del su lloro, e assi que hobo notizia de lo acaescido, díjole: «Venidvos á casa de Pero Díaz el barbero, que él e non ningúnd otro es el auctor desa fazaña.» «Señor—dijo el robado —¿como creys que pueda Pero Díaz ser quien me robó la calza, si es un muy grand amigo mío y el más leal e hondrado de cuantos homes ay en el logar?» «Dígote que él es el ladrón—respondió el caballero—e non porfíes e acompáñame, que aina cognosceras ser cierto lo que digo.»

Partiéronse dende; e llegados que fueron á casa del barbero, dijo el descognoscido: «Pero Díaz, poca de hora ha que cuando saliste de tu casa entró en ella un ladrón; e como yo le ví entrar e cierto só que della non ha salido desque entró, non seyería malo fiziésemos entrega dél á la justicia.» «Entrad, señor—dijo el barbero—e quiera Dios topeys con él como decís, que non es bien que la atal gente ande suelta por el mundo.»

Comenzó el rico home á catar por todos los rincones de la casa, e ya desconfiaba de salir lucido del su empeño, cuando en el fondal de un orzo vacio que había en la cocina falló abscondida la calza que buscaba; e faziendo della entrega al lennador, díjole alegre e orgulloso: «Tomad, buen home, vuestra calza, e ved cómo non erré diciendo que era el barbero quien vos la quitó.» E muy maravillado el lennador tomóla e preguntóle: «¿Podriays me decir, señor, cómo habeislo podido adivinar?» Y estonce dijo el caballero: «Si el ladrón podiendo tomar las dos calzas non lo fizo, bien mostró ser cojo, ca conformábase con una; e seyendo Pero Díaz el único home del logar que ha quebrada una pierna, vine en suspición de que la cal-

za nadie sinon él habríala tomado, e assí ha sido.»

El barbero demandó de su amigo el lennador que le perdonase e fízole promesa de non tomar nunca cosa que le non pertenesciese, muy convencido de que los ladrones déjanse siempre un cabo sin atar para se descobrir.



ENXEMPLO VII

Fállase, non hay dubda, en grand error
qui diz que lo más caro es lo mejor.

Léise que la mujer de un zapatero remendón asomóse una noche á la finiestra de su casa, más por gusto que por nescesidad (costumbre propia de mujeres) e como quier fuesse la noche de Diciembre e otrosi de las más crudas e neblinosas del invierno, tomóla un grand frío toda la parte de la cara, e de resultas del frío que tomó avínole un atan grand dolor de muelas que, non bastando la oración de Santa Apolonia para se lo poder guarir, fuese el marido en busca de un físico que la melecinase; e fallólo, e assí que el físico llegó á la alcoba dó estaba la mujer, aina fízole tomar de una miragulosa melecina que traya; e luego fué sana.

Pasados varios días llegó el de San Antón; e como hobiese la mujer nonbre de Antonna, el zapatero, queriendo haber con ella paz, pensó serie bien fazella algúnd regalo que non la desplaciese; e membróse de un mercadero amigo suyo; e llamólo; e fablaron los dos muy luengamente; e tanto habie de amistanza entramos que, assí que sopo el mercadero lo que el su amigo deseaba, vendióle en la tercia parte del su precio un rebociño e una saltaembarca que non fallá-ralos semejables en toda la cibdat.

Recibiólos con mucha alegría la mujer, por ser ya muy usados e bisuntos los que había en guarda; pero assí que hobo notizia del poco dinero que costaron, comenzó á lorar e á decir que se non los pondrie, ca non podia ser buena cosa que por tan poco dinero se compró, e que mejores eran los que ella usaba estonce pues costáronle más.

E luego desto, con grand complazencia del marido quedóse la mujer en un atan propio y natural estado de mujeres que, si Dios la ayudaba, non habie temor de que el mundo se despoblase por su culpa; e llegada que fué la hora del su alumbramiento, comenzó á dar tan fuertes e descompasados gritos e

sospiros, que iguales, nin mayores, non los diera magüer estoviese en la agonía. E tantos gritos e sospiros daba, que el zapatero hobo de la decir: «Non alcanzo á comprender, en poridad, por qué agora quéjaste e sospiras más que cuando hobiste el mal de muelas, ca cierto só de que es este dolor mejor que aquel.» «¿Mejor dices mal home?» dijo la mujer. «Vete e non digas tal, ca bien se advierte en esas tus palabras que nunca haste fallado en igual trance.» E dijo el zapatero: «Cata lo que dices e non me engañes, ca habiéndome de costar este dolor más dineros que el de muelas que antes padeciste, non ay dubda de que debe ser este mucho mejor que aquel.»

Entendió ella por qué decía tal el zapatero e hobo grand arrepentencia e contrición; e como saliese viva de aquel su doloroso tranco, usó del rebociño e de la saltaembarca; e convencióse de que non deben se apreciar las cosas por su precio, e sí por el bienfecho que dellas se origina; ca sabed que en el mundo nada cuesta tan pocos dineros como el agua, e sin ella non podríase vivir; e nada es tan caro como el oro, e sin él podríase pasar.



ENXEMPLO VIII

Sciencia, non dinero, debemos desear
que el dinero non siempre puede al home salvar.

Un menesteroso astroso e sarnoso, cometió pecado de homecidio en un logar de Castiella, cabe el muradal; e como todos los viles e malvados son torpes e atordidos e cobardes, assí que vido que él feciera atal maldat, hobo muy grand miedo e pora se estorcer de la justicia, que aina comenzaría á pesquisar sobre quien era el absesino, fuyóse alejos dende; e llegó á unos montes muy altos e quebrados; e abscondióse entre unas abscondidas peñas que estaban contra un espeso matorral.

E diz el cuento que en aquellas peñas pasó dos días e dos noches sin probar bocado;

e al tercero día non podiendo más sofrir la fame que sentía, decidióse á salir del matorral por ver si fallaba alguna cosa con que se nodrecer, e non falló sinon piedras e ortigas e yerbas secas; e llorando de fiera guisa, muy desfiuzado, cayó en tierra e comenzó á maldecir e á blasfemar de Dios e de los Santos.

E Dios, que gusta de se mostrar siempre caritativo e generoso e de colmar de dones e bienfechos á los que dél blasfeman e maldicen, despuso que asora pasara por aquellos riscos un venador, que era home entendudo e compasivo, de buen consejo, e de buen seso; e llegóse dó estaba el pordiosero e díjole: «Buen home, días ha que estó perdido entre estos solitarios montes, sin poder salir dellos, e por ende yo vos quedaría muy agrasdecido e obligado si sopierdes e quisierdes me mostrar la senda por dó podiese llegar más aina al mi castillo, que es ese que llaman de *los alcaravanes*, e que se falla cosa de una legua de la cibdat, contra siniestra.» E dijo el pordiosero: «Mostrarvos-he yo agora, en poridat e lo mejor que se me entienda, ese castillo que decís.» E levantóse e siguióle el venador; e andovo

en la su compaña luengo trecho; e llegados que fueron á lo más alto del monte, mostróle el pordiosero el castillo que buscaba e consejóle por cuál senda debía caminar para se tornar y. E luego despidióse dél el venador más díjole antes de se despedir: «Yo haberè muy grand placer en vos recompensar deste favor.» Y estonce dijo el pordiosero; «Yo me ternía por dichoso e bien pagado, si podierdes me dar algo que comiese, ca sabed que en tres días non he yo comido nin bebido cosa alguna.» E dijo el caballero: «Convusco partiría agora de buen grado mi conducho e cuanto hobiese dentro del zurrón, más en él me non resta pan nin cosa semejable; e otrosi non he podido venar pieza, ca una liebre que ferí dos horas ha, fuese corriendo mal ferida e non sé yo de qué parte del monte habrá caido. E seyendo como vedes, mi voluntad por forcedumbre contrallada, e habiendo yo sabor de vos gualardonar el bien que me fecísteis, entrégovos, á fuer de agradescido, este papel é ruégovos lo tomeys è lo leays e lo guardeys muy bien guardado luego de leido. E quedad con Dios e non digais mal dél, ca mucho se despaga Dios de los que le maldicen.» E

non dijo ál, e aluengóse dende el venador; e segúnd que lo él dijera, tomó el papel el pordiosero e vido en el papel escriptos cuatro viesos, e leyólos, e decían assí los viesos:

Si vees que vuela la águila
e que dá vueltas suso
la presa que cobdicia
encuéntrase deyuso.

E leído que hobo esto, pensó que el caballero habíase querido chufar dél, e arrufóse mucho, e con grand furia e muy grand saña comenzó á se femenciar, e á se carpir, e á dubdar de Dios e de los homes, ca los malos nunca son gradescedores del bien fecho. E metióse, luego, por la senda que había tomado el venador, e fuese tras él con intención de lo matar dó quier que lo fallase.

E assí que andovo como unos treinta pasos, tropezó con una bolsa verde que en el suelo había; e tomóla dende; e falló ser aquella la bolsa de la cual había sacado el venador el papel que ante le entregara; e quitado que hobo el priego della, fué muy asombrado de veer que estaba llena de dinero; e sacó todo el dinero que vido dentro de la bolsa; e contó hasta doscientas piezas

de oro. E como pensase que de nada podía le servir haber tanto dinero para calmar la fame que sentía, comenzó á lorar amargamente e á decir que de buen grado daría él aquellas doscientas piezas de oro e muchas más que hobiese, á cambio de un pedazo de pan que de la muerte le salvase.

E á poca pieza, asomó de alueñe una águila, e llegóse volando á aquel logar, e comenzó á dar vueltas suso, e membróse, estonce, el pordiosero del papel e de los viesos que decían:

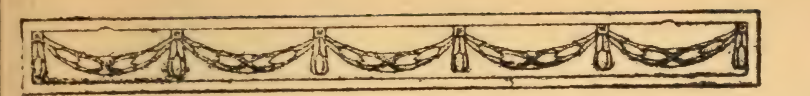
Si vees que vuela la águila
e que dá vueltas suso
la presa que cobdicia
encuéntrase deyuso.

E pensó que si fablaban con verdat los viesos, debía ende cerca haber algúnd venado moribundo; e pósose á otear por aquellos alredores; e so unas matas falló una liebre mal ferida, e aina adivinó sería aquella que había mal ferido el venador.

E con grand alegría e ansiedat tomó la liebre; e fizo una grand lumbre; e metió la liebre en aquella lumbre que encendió; e luego que estovo bien asada, comió della quanta podía su estómago moler; e desque

comiera sintióse muy aliviado e animoso e despuso se partir de aquel áspero monte.

E acaesció que de supitaño, e como si saliese de los abismos de la tierra, volvió á se le presentar delante el venador e preguntóle: «¿Por ventura habedes vos topado en el camino con una bolsa verde llena de dinero que caídoseme ha, sin lo advertir, mientras fablábamos?» E contestó el mendigo: «Tomad, señor, la bolsa que perdísteis, e sabed que agora íbame yo para el vuestro castillo á vos la devolver.» E dijo el venador: «Guardad dese dinero el que nescesiteis.» E respondióle el pordiosero: «Señor, non tomaré yo dél ni un maravedí, ca bien me habedes vos probado que en las malas andanzas deste mundo, sabidoría e non dinero es lo que el home nescesita, ca sólo los sabios e los entendudos saben salir de sus tribulaciones cuando les acaescen.»



ENXEMPLO IX

Magüer finja ser home la mujer
aina dá el su seso á cognoscer.

Un día el conde Lucanor, en su facienda, fabló con Patronio, su consejero, en esta guisa: «Patronio bien entendedes que non só yo ya muy mancebo, e sabedes que vime fasta aquí muy amado e bien quisto de viudas e casadas e doncellas; e por ende, quisiera folgar de aquí adelante e me veer libre de los afanes e cuidados propios del amor. Dígovos tal, porque hay entre mis pajes uno que dice se llamar Rogerio, e yo, por la sobeja fermosura del su rostro e por la mucha diligencia que muestra en me servir e complacer, he venido en sospechar que non es home, como el su oficio y el su

traje parescen indicar, sinon mujer, la cual fallándose de mí, sin dubda, ciegamente enamorada, hase introducido en mi facienda con fines poco sanctos, vestida con prendas contrarias á las que corresponden al su seso. E por el buen entendimiento que vos habedes e por la fianza que yo hé en vos, ruégovos que me digades lo que vierdes que me cae más de facer para poder salir, cuanto antes, de mi dubda, sin usar de medios deshonestos e sin facer cosa por la que el paje pueda entrar en suspición de la trama que contra él tramemos amos.» «Señor conde, respondió Patronio, cierto só de vos poder prestar ese servicio que agora me pedís, e non he yo para ello mester ál, sinon que vos fagades que Rogerio lléguese cras á la mi casa so pretexto de ir á buscar una buxeta que para vos le entregaré, e desque vos la traiga, non fagades cosa alguna en tanto que yo venga.»

Muy alegre el conde Lucanor con la respuesta de Patronio, retiróse á descansar, más non podo dormir de tan desazonado como estaba.

E al otro día el conde, quiso lo facer todo atal como el su consejero habíaselo conse-

jado, e fizo que Rogerio fuese á casa de Patronio. E ansí que Patronio vió llegar al paje, tomó de sobre la mesa de su cámara una buxeta, e sacó de la buxeta unos diamantes que guardaba dentro della, e dejóla vacía, e quitó después la cerradura, e desta guisa entregógela á Rogerio para que gela llevase al conde su señor.

E guardó Rogerio la buxeta e fuese de allí presto para facer lo que Patronio le mandara.

E Patronio luego que vió fallábase solo en la su cámara, abrió una puerta que nadie, sinon él, sabía abrir; e salióse á la rua por aquella puerta; e llegó á la facienda del conde Lucanor antes de que Rogerio podiese tornar y.

E pasada grand pieza, como quier que el paje non volviese, comenzó á se impacientar el conde de veer que non volvía; e vióle, al fin, llegar; e ansí que llegó, fízole entrar y. E mucho fué Rogerio sorprendido de ver que Patronio habíagele adelantado, ca non comprendía cómo, en tan poco de hora, habíagele podido adelantar; e temeroso de que el diablo andoviese metido en aquel complicado e misterioso asunto, comenzó á

tremer e á sospirar, e muy homilde e cortesmente entrególe al conde Lucanor la buxeta que traya para él. E tomóla el conde en la su mano é quedóse pensoso e sin saber qué faríe della, e comprendiéndolo ansí Patronio, ante de que la abriese, díxole: «Señor, grand placer rescibo agora en vos poder donar, como vos ofrescí, el pájaro aquel que con tanta femencia deseábades. Abrid esa caja e dentro della lo veredes, e desque lo hayades visto e admirado, cierto só que vendreis en afirmar, ansí como yo vos tengo dicho, que non hay pájaro en el mundo que haya el cuerpo adornado de tan suaves e fermosas péñolas, e que cante con más dolzura e perfeción que este que vos envío.»

Oyó con extrañeza el paje la fabla de Patronio, e muy irado de ver que non fablaba con verdat, non podo sofrirse por más tiempo, e díxole tartaleando: «Catad lo que decís señor Patronio, e non querades buscar con mentira vuestro pró, ca bien sabedes vos que á la buxeta que me dísteis faltábale la cerradura e por ende, non hobe dificultad ni inconveniente en la abrir por el camino, e júrovos que dentro della, non he yo visto pájaro nin cosa semejable.»

Muy contento Patronio, luego que calló el paje volvióse pora el conde que, muy asombrado e silencioso, oía fablar á entramos, e díxole en estos mesmos elocuentes términos: «Señor, fundados eran los temores e dubdas de que ayer me dísteis cuenta, e ansí, muy orgulloso de vos poder servir e consejar, ruégovos que perdoneis la atrevencia desta joven doncella, que, finjiéndose paje, ha entrado en vuestra casa con fines que yo inoro, e que ella aina vos dirá si, como pienso, son nobles e dignos los propósitos que á emprender tan arriesgada aventura le han guiado.»

Veyéndose atan repentinamente descobierto, perdió el finjido paje la sonrosada color de su lozano rostro, e lorando amargamente, confesó ser mujer e fija de un rico home del lugar, e suplicóle al conde que la non castigase, pues el profundo amor que por él sentía habíale inspirado aquella temeraria idea, e bastante castigo es, para el que ama ardientemente, vivir sin la esperanza de se ver nunca jamás correspondido.»

Muy compasivo e amoroso, besó el conde en la frente á la gentil doncella, e luego llegóse á Patronio e preguntóle: «¿Como ha-

bedes podido descobrir, Patronio, engaño que con tanto sigilo se guardaba?» «Señor conde, contestó el consejero, el home menos leal de quantos yo conozco, non hobiese tenido la osadía de abrir esa caja que para vos secretamente, le entregué; e pues la caja ha sido abierta, bien mostró ser mujer la que la traya, que la curiosidat es vicio exclusivo de mujeres, e todas las mujeres son curiosas, e mucho más lo son, si están enamoradas.»



ENXEMPLO X

Quien en su fama e su saber confía
sofrirá un desenganno cada día.

Un mercader mozo, que llamaban Johan, volviendo de una feria, hobo la mala aventura de topar en despoblado con una gavilla de ladrones, los quales, luego de le robar descompasivamente el cargamento e los dineros que del mercado traya con grand contentamiento suyo, creyendo sin dubda, que el cuerpo del desventurado serie commo madroño ó commo encina, que sueltan todo lo que han quando geles sacude, sacudiérongelo con tanta furia e propináronle una tan poco sancta letanía de pedradas e palos, que el infeliz quedó en tierra commo muerto, tendido quan largo era, con las carnes flo-

xas e acardenaladas e los huesos tan quebrantandos, que poco faltó para que todo él quedase igual que picadillo.

Dos días estovo en aquel apartado e solitario monte, sin poder levantar brazo nin cuxa á causa del gran desfacimiento que sentie e como el frío e la fambre le afincasen e hobiese gran pavor de muerte, encomendóse muy devotamente á Jhu X.º E acontesció que sus deseos fueron atendidos, e ansí despuso Dios Nuestro Sennor que á poco de hora pasara por aquellos ocultos vericuetos cierto poeta chamorro e regoldano, home fynchado de soberbia e vacío de seso, e con tantos annos sobre las espaldas commo romances pesaban sobre su conciencia. Habíanle encargado al tal que compusiesse una égloga aconsonantada, para que se representase la noche postrera de carnal (que llaman de antruejo) en casa de unos duques, e salióse al monte á buscar inspiración, commo si ésta fuese cosa que estoviesse al alcance de cualquiera mano e criárase en los riscos á la intemperie como el tomillo ó el romero.

Llamóle, llanteando, el mal ferido mozo, e pidióle pan e dineros para poder seguir su viaje á Salamanca, non sin le fazer ante ju-

ramento de se los devolver, caso de que gelos prestase, tan aina commo llegase á la cibdad. E dixole el poeta: Non he yo aquí cosa de provecho que ofrecervos pueda, ca sabed que yo só tan pobre de dineros commo rico de sabidoría e de experiencia, mas alzadvos del suelo e me seguid si habedes fuerzas para andar, que mi nombre es tan cognoscido en todo el mundo e mi fama tan grande y envidiada que, en poridad dígovos ágora que, doquier vayamos, seremos servidos e vitoreados commo reyes.

Con estas amistosas razones, tornósele el ánima al cuerpo al lacerado mercader, e levantándose commo pudo, con la ayuda del poeta comienzó á andar, y en poca pieza llegaron los dos á una posada que habie á la siniestra del camino.

Luego que en ella entraron, encaróse el vanidoso asendereador de consonantes con el posadero que, muy alegre, acudió á les recibir, e díxole: «Buen homme, mandad que nos preparen blando e limpio lecho e cena abundante e sustanciosa, que dello habemos muy gran nescesidad, e porque fagays plazer e orgullo en nos servir, sabed que este gentil mancebo que conmigo traigo, es un

honrado comerciante de Salamanca, e que yo soy ese gran poeta que llaman Fabio Allicio, auctor de cuatrocientas loas e de más de cien auctos sacramentales, e otrosí, mía es aquella famosísima égloga, mil veces alabada, que dizen de *Mingo e de Pedruelo* e que comienza desta guisa:

¿Miefé, miefé. quien podrá
me guarir por caridá
deste mal que me lacera
sin pieda?
Noramala torné acá.
En quillotranza tan fiera
non me viera
pesia mí,
sí por ver á esa zagala
que allástrame empos de sí
non dexase noramala.
la majada dó nascí.
Non hay huzia para mí.
A Dios praz
me ver seco e demudado
e que non me parta en paz
á apascentar mi ganado.
Mal pecado
es amar sin ser amado.
Por tan torcido camino,
de contino
de muerte voy debrocado.

¡Ay, mezquino!
Non tratárame el destino
tan sañudo,
si fuesse yo más sesudo
....

E no digo más della, ca cierto só sabréisla de corrido commo Padre-Nuestro.

El posadero, que no usaba de retólicas para baptizar el vino, e que nunca hobo noticia de tal poeta nin de tales versos, creyó serie estonce comeniente para su negocio, non aparentar desprecio nin ignorancia, e conteniendo á duras penas la risa que á borbotones punaba por se le salir del cuerpo, fizo antél toda clase de cortesías e salutaciones, e muy ligero partióse á la cocina e ordenó á su mujer aderezase unos zorzales, mientra metie él en el forno una pierna de carnero, tan lucida e sustanciosa, que ella sola bastara para dexar ahitos, en tiempo de Cuaresma, á una dozena de frayres ventreñeros.

Ansí que vido Fabio que el duenno del mesón habíase partido dende, tomó de un brazo á Johan e díxole:

«Mío fijo, para mientes en quan útil e provechosa es, para los poetas, la fama de que

andan precedidos. Hale bastado á ese buen home oyr mis versos e saber que yo só Fabio Allicio, para que haya muy grand honra en que yantemos e dormamos en esta su posada. E non te maravilles dello, ca las obras que á los quatro vientos lanzamos los poetas, allá donde caen dexan rastro profundo e doradero para siempre jamás; y ello consiste en que ansí como quando miramos al sol la lumbre dél quedásenos gran pieza ante los ojos, los versos, luego de leídos, dexan un vivo resplandor en el celebro y el nombre del auctor quédase guardado en la cámara de la cabeza que llamamos retentiva porque en ella retiénense las cosas de un tiempo para otro para que non cayan en olvido.»

Llegado á este punto, fízolo el poeta en aquella su vanidosa fabla, por notar que á su amigo el mercader mudábasele con mucha priesa la color del semblante, e otrosí comienzaban á le dar los dientes los unos con los otros, señales amas de que el frío que tomara en lo alto del monte, los días que al raso pasó en él, apretábale más de lo que al su desfallecido cuerpo érale dado resistir. Envolviólo el poeta, deseoso de evitar que

del frío le aviniesse mayor danno, en una recia manta que encontró, e ansí guisado, fízole asentar, en el corral, ante una fogarada que, cabe un cobertizo, contra el viento, habían encendido los pastores.

En tanto él, por no permanecer ocioso, salióse al camino con intención de componer la égloga que los duques habíanle encargado, e desque esto pensó, muy sigilosamente, como si se determinase á cometer alguna vil acción, cató á diestra e siniestra por ver si algún curioso le oservaba, e como á nadie viese, asentóse en un poyo frente á la posada, e alzó la vista al cielo, creiendo sin dubda, que el estrecho e oscuro recinto de su desbrocada inspiración, habíasele de iluminar con la luz de la naciente luna que, muy callada e reposadamente, preparábase á dar por aquellas dilatadas altezas, su acostumbrado e melancólico paseo.

En tal dispusición e postura estovo más de media hora, sin topar con un consonante de su gusto, quando de pronto salióse de su seso e comenzó á facer semblante extraño, costumbre propia de poetas, los quales tan aina como se meten en el complicado laberinto de sus pensamientos, guiñan los ojos,

tuerzen la boca, fazen tambor de las rodillas e palitroques de los dedos é hipan e lloran e se duelen, non de otra guisa que si pasaran los mesmos sinsabores e quebrantos que los personajes por ellos concebidos.

Ansí que hobo acertado con el primer verso, levantóse del poyo, e tornándose á grandes trancos al corral dó fallábase el mercader con los pastores, con voz altisonante dixo: «Mal día para Virgilio va á ser este, ca la égloga que he yo comienzado agora á componer, llamada está á eclisar la fama de que gozan quantas él compuso.» «Lea vuestra merced—dijo Johan--los versos que della traiga escriptos, que oirlos hemos, todos los aquí reunidos, con singular deleyte.» «Pasado non he todavía del primero--contestó Fabio—más él es de tan noble y encumbrada jerarquía, que él solo se bastara para me facer famoso, si ya, por otros tales non lo fuese. E por si dello dudásedes, práceme mucho vos dezir que, ansí como el homme mal chrystiano muestra lo ser con solo blasfemar, en poesía las más de las vegadas, un verso es suficiente para nos dar idea justa e acabada de la bondad e fermosura del conjunto.»

Un pastor, que por ser el menos discreto era el más atrevido, llegóse, estonce, á él e preguntóle: «Por ventura sacado ha su merced del su caletre esos versos que dizen:

Un diabro cortóse el hopo
é dél fízose un hisopo?»

«Non miembráseme cosa desos versos.»

«Pues ellos son los más agudos e mejores que oído he yo desque mi madre me pariera.» «Si tan buenos son como dezís, bien puede ser que sean míos, ca pocos poetas hay en el presente que compongan buenos versos, e muchos son los que los descomponen.»

En estas, fué el posadero á les dezir que la cena fallábase en su punto, e con tal motivo, saliéronse dende con grand satisfacción de sus estómagos que reclamaban cosa de más enjundía e solidez que aquella insustancial conversación.

Comiéronse quatro zorzales cada uno en otros tantos bocados, e luego, presentóse la duenna del mesón con la pierna de cordero asada e como quier que al llegar ante el poeta non fiziesse saludo nin semblante serio, muy airado aquél católa e preguntóle: «¿Tú

quién eres e de donde veniste e con qué permiso entraste sin me facer ante reverencia? Ciega serás, sin dubda, pues que no ves que yo soy ese gran poeta que llaman Fabio Allicio, auctor de quatrocientas loas e de más de cien auctos sacramentales e de aquella famosísima égloga, mil vezes alabada, que comienza desta guisa:

—Miefé, miefé, quién podrá
me guarir por caridá...»

Tapóle ella la boca con un buen cacho de cordero, e contestóle: «Coma vuestra merced e dexe á un lado esas minucias, que non fará mejor la digestión de los zorzales porque yo le salude.»

Cenado que hobieron muy á su plazer, retiráronse á dormir e como Allicio hobiese dicho durante la cena que él y Johan habían de partirse dende muy de madrugada, el posadero, tan aina como la voz del gallo anuncióle que la hora del alba era venida, despertó al poeta que roncaba tan descompasada e reciamente como qualquier fijo de madre, e presentóle la cuenta del gasto que él y su amigo el mercader llevaban fecho.

Tomó Allicio el papel que ante los ojos le pusieran, e con grand asombro e pesadum-

bre, maravillándose de las cosas que guisaba la fortuna, pósose enfyesto frente al su inoportuno demandante, e dixo cruzándose de brazos: «Bien mostrais vuestra innoble e baja condición en este vuestro mezquino proceder, ca yo creí quedabais pagado muy sobejamente, con que aluergase en esta ruin posada, un tan gran home como yo. Por mi fé, que nunca ví mayor bellaquería. ¿Quando habedes oído vos dezir que los poetas paguen cosa alguna tan luego como salen de su casa? ¿Dó van que non se les respete e agasaje? ¿Qué duque non cabalga cinco ó seis leguas de camino por les recibir e cognoscer? ¿Qué príncipe non les colma de gualardones e bienfechos? ¿Ni qué rey ni emperador no les cobija en su palacio e platica con ellos con la mesma complacencia e confianza que si fuesen iguales en poderío y en riqueza? Solo los inorantes como vos los vituperan y escarnecen. Téngase allá el bellaco, que tentado só de vos facer tragar una por una las cifras que en este endiabrado papel habedes puesto.»

Tan pronto como el posadero vió se le negaba lo que tan justamente le correspondía, echóse atrás e dixo:

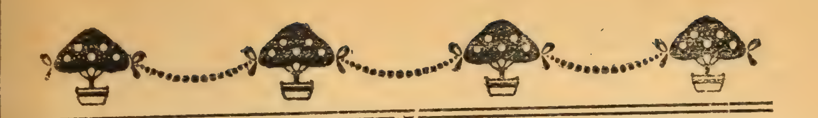
Vos non sois sino un orgulloso chafalmejas e un poltronazo vividor». «¡Harto bueno es aqueso! ¿Qué llamais vividor, señor cernícalo?» «¿Non le paresce á su merced que es harta manera de vivir salirse un homme á los caminos con la faltriquera llena de aire e querer pagar con versos y dimoños coronados lo que en especie se le da para que coma? ¡Medrados estaríamos los de mi oficio, si á las posadas non viniesen sino poetas e andrajos de paramento, como vos.»

«Catad lo que dezís, que vaysme resultando más impertinente e machacón, que soneto con estrambote.» «Tomad el estrambote» replicó el posadero, e arrimóle tan á su gusto una puñada en mitad del rostro, que el infeliz poeta comenzó á echar sangre por la boca e las narices, con tanta priesa e abundancia, que en poco estovo se afogara en el charco que dejó en el suelo.

Viéndole él mercader tan mal parado, rogó al furioso posadero que calmase su natural enojo, e comprometióse á le firmar un documento con el qual podría presentarse á él cuando quisiese y él pagaría el gasto sin perdonar maravedí.

Con esto tranquilizóse el posadero e con-

sintió que se partiesen amos. E partiéronse. E andado que hobieron un buen trecho del camino, dixo el poeta sospirando: «¿Qué vos paresce desto, amigo Johan?» E dixo el mercader. «Parésceme, señor Allicio, que es un solemne mentecato quien fía de su nombre para andar por este condenado mundo, pues hay que convenir en que á la mayoría de las gentes, impórtales muy poco de la fama que han los poetas e los sabios, si della non les aviene lucro nin provecho.»



ENXEMPLO XI

Lo que ordenan los padres al tiempo de morir
de buen talante deben sus fijos lo complir.

Entróse, descalzo, en el rio un home mucho viejo á revolver en el lodo para buscar anguilas, e desque se apartara de la orilla luengo trecho, paró mientes en que venía el rio muy crescido e traya el agua mucha fuerza; e sabidor que fué desto amedrentóse e perdió el ánimo, e flaqueáronle las piernas; e rebatóle, estonce, la corriente é llevógelo alejos con igual presteza que si fuese, todo él, fecho de corcho. Veyéronle en aquel pelirgo sus fijos Ferrando e Leonelo, e Ferrando que era el menor, e otrosí el más esforzado e atrevido, desnuyóse e ante de que su padre se afogase e de que gelo sorbiese

la agua, fuese nadando pora él, e consiguió lo sacar fuera privado de sentido e medio muerto.

Recobró, á cabo de pieza, el malaventurado, la vista e la fabla e la memoria, e non ansí el movimiento de los miembros nin la color de los labios, e magüer fallárase en su lecho acostado e muy bien atendido de su mujer e de sus fijos e de sus parientes, avínole la idea al pensamiento de que aina la muerte farie presa en él, e como hobiese desto certedumbre, despuso que todos los presentes saliéranse fuera de la estancia e que solo y quedase su fijo Leonelo, por ser de gran nescesidad que departiesen los dos secretamente. Parescióles non era de buen seso le contrallar nin desobedescer en cosa que con tanta femencia les pedía e ante de que les afincase más para que se saliesen, saliéronse dende muy paso e con grand miedo segúnd que lo él había mandado; e llegóse estonce Leonelo cerca de su padre e besóle en la fruente; e luego el viejo dió un fuerte sospiro, e tomó una mano á Leonelo e díxole: «Mio fijo, llegada es ya mi hora postrera, e pues me non puedo excusar de que la muerte fágame partir de mí mismo e de to-

das las cosas que bien quiero, placerme-y-a mucho me prometieses facer lo más brevemente que podieres, lo que agora quiérote decir e ordenar. E lo que yo digo e ordeno, es que ansí que veas que mi vida sálese enteramente de su carnal envoltura, tomes aquesta llave que llevo colgada sobre el pecho, e busques, cabe el pozo, un arca que guardo abscondida so una losa que verás con una cruz marcada; e abierto que hayas el arca con aquesta llave, fallarás dentro della, en el fondal, envuelto entre unos trapos, un cochiello; e yo fio en tí que sigilosamente, ante de que mi cuerpo sea soterrado, tomes del arca el tal cochiello e pongameslo sugeto entramas manos e llévesme, luego, á soterrar con él. E porque este mi extraño e singular deseo te non faga pensar de mí torcidamente, sabrás que ese cochiello que te digo, doce años ha que lo fallé en el rio, entre unas piedras, e dado he muchos pasos e corrido muchas tierras por buscar al su dueño e gelo devolver; e como quier que le non he fallado todavia nin he yo suspición de dó podríades nenguno lo fallar, serme-y-a muy grato me lo llevar conmigo deste mundo, e ruégote que me non afinques

para que te declare quales son los motivos que á proceder ansi me obligan, ca en ninguna manera te respondería á ello nin te diré otra razón más de las que ya te he dicho. E agora réstame solo te advertir, que yo sería de muy buena ventura si moriese sabidor de que mi voluntat era complida e acatada, e de que todo has tú de lo facer del modo que acaba de ser por mí dispuesto e consejado.»

Fízole ende promesa Leonelo, e bendíjole despues su padre muy conhortado con la promesa que Leonelo le ficiera. E á poco de resultas de lo mucho que fablara, avínole una grand fatigación. E tan grand fatigación fué la que le avino, que non podía respirar, e fizo que se llegara á él un confesor, e confesóse, e murió christiana e sanctamente.

E desque vió Leonelo que su padre era muerto, tomó la llave que ante le mostrara; e buscó, cabe el pozo, una losa que hobiese una cruz como señal; e levantó la losa e falló el arca que su padre le dijera, e muchos e muy grandes fueron los esfuerzos que hobo de facer para poder la abrir. E abierta que fué el arca, cató dentro della e

topó con el cochiello; e maravillóse de lo ver, ca nunca había él visto, nin creía que en el mundo hobiese, cochiello tan especioso nin tan rico como aquel, pues había la foja ancha e de muy buen temple, e otrosí el mango era todo de oro, efigiado, e guarnido con más de cient piedras preciosas, todas diferentes, como rubís, carbúnculos, zafires, cardeñas, estopazas, aljofares, diamantes e torquesas.

Quedóse grand pieza Leonelo sin poder apartar los ojos de la lumbrosa alhaja, e como quier fallárase tan enartado e atordido, non cató que Ferrando llegábase y, e parábase cautelosamente endél, e mucho fué ende sorprendido quando oyó le preguntaba qué cochiello era aquel que había entre las manos e de quién era e dó habíalo fallado. E como Leonelo non sopiese qué decir, temeroso de que su hermano recelase dél e le tomase por ladrón veyose costreñido á le descobrir toda la verdat.

E ansí que Ferrando hobo noticia de lo que su padre dijera e ordenara, acometióle muy grand riso, pues quanto había de buenas maneras Leonelo, atanto las había él de malas e de revesadas; e riendo, díjole á su her-

mano que nunca oyó él de ningund padre que mandase, al morir, cosa tan desaguisada como aquella, e que seríe muy grand nescedad que soterrasen el cochiello junto con el cadavre, ca con tal medida nada habíase de remediar, pues nin saldrían ellos de pobreza nin su padre del su locilo, e por ende parescíale de mejor seso catar de vender aquel cochiello e con lo que sacasen podrían vivir amos á su honra e dejar de facer vida menguada e lazdrada.

Entendió el cobdicioso Leonelo que Ferrando fablaba con sabeduría e que non podría fablar ninguno más aguisado que él en las cosas que fablaba, e guardó el cochiello con intención de lo vender á algún orebde, e non complió el juramento que fizo á su padre poco de ante.

E pasados que fueron diez días, como quier que veyese Ferrando que Leonelo non membrábase de vender el cochiello, así como entramos convinieran, díjole que gelo mostrase, e mostrógelo Leonelo; e preguntóle Ferrando por qué lo non vendía, e Leonelo se quis excusar de responder; e afincóle Ferrando para que respondiese, e Leonelo estonce respondió que en el tal cochiello

nadie mandaba sinon él e guardábalo, por ende, para sí, pues seyendo él de mucha más edat correspondíale por privillejo de nascencia. Judgó Ferrando non ser aquello cosa derechuda, e arrufóse mucho, e pósose sañudo e rabinoso e replicóle brosnamente que si lo non vendía de buen grado, fariágelo él vender por forcedumbre. E sobre esto comenzaron los dos á porfíar, e como quier que con las porfías acontesce egual que con los pleitos e la guerra, los quales segund dijo el sabidor comienzan en punta de aguja e acaban en quintal de fierro, acontesció que menos se entendían quanto más porfiaban, e aina vinieron los denuestos empos de las razones, e oyéndose llamar Ferrando ladrón e mesturero e venedizo, perdió la tempración e fuese para Leonelo, e abalanzóse sobre él e luego embaratáronse los dos con muy grand saña; e como cayese deyuso Leonelo, por ser Ferrando más corporiento e rebatoso, cató de le ferir con el cochiello, mas ante de que le firiese rebatógelo Ferrando e fincógelo en mitad del corazón e dejóle muerto.

E ansí, como el cuento lo diz, perdió la vida Leonelo e Ferrando la hondra, e nada

perdieran amos si hobiesen acatado e complido el buen proponimiento de su padre, que seyendo home enviso e muy entendudo e bien pensante, quiso se llevar consigo aquel tesoro, ca bien sabía él que non hay cosa que tan malas andanzas traiga en este mundo como las riquezas, las quales quando son mal allegadas e caen de supitaño en manos ruines e livianas, non producen ál que pesadumbres, e contiendas, e rencores.



ENXEMPLO XII

Non finjas facer cosa que pueda te empescer
pues te obligar podíere el diablo á la facer.

Sábese de una viuda muy noble e rica e dadivosa que viscó en Sevilla, fasta que fenescióse, en la compaña de un su fijo de nombre Filiberto, el qual había menos edat que desvergüenza, ca los sus años non pasaban de veinte e, por el contral, los vicios e las malas costumbres habíalos en un atan grand abondamiento que los non podría decir home del mundo por la boca, ca era peleador e porfioso e tafur e torticiero e había otrosí atan sobejamente viva la natural calentura que han los homes en la su mocedat que de contino sentía desordenados apetitos de la carne.

Muy cuitada su madre veyéndole atan malandante e caído en un atan grand abajamiento, consejábale sesudamente para que demudasen en bien sus malas mañas e ganase la gracia de Dios con buenas obras e buenas entenciones sin hipocresía e sin enfinta, empero lo non podo nunca conseguir, ca sabido es que el árbol que amarga magüer úntesele con miel non se muda jamás de su sustancia propia.

E acontescia que cada que á Filiberto movíale el corazón á cobdiciar alguna cosa e non había dinero asaz para la poseer, enderezábase á su madre e demandaba della el dinero de que hobiese nescesidad para complir el su deseo, e si gelo non donaba brevemente denostábala con mucha saña e aluengábase diciendo que iba á se toller la vida con un ponzoñoso jarope que llevaba. E todo esto decíalo Filiberto por enfinta, é por amedrentar á su madre, la qual como era mucho lo que amaba al su fijo, magüer non lo meresciese, amedrentábase de le oir fablar de aquella fiera guisa, e partíase endél muy desconsolada á le donar quanto dinero hobiese menester, ante de que compliese lo que decia e se matase.

E agora sabed que una vegada fuese Filiberto dó estaba su madre adobando la comida, e quis que le entregase quatrocientas doblas; e como ella respondiese non había y sinon cient, dijo Filiberto que buscase lo más aina que podiere las trescientas doblas que faltaban, e que si gelas non buscaba que se enforcaría del primer árbol que encontrase. E desque esto oyera la madre hobo muy grand pesadumbre e cayó en muy grand desesperanza ca non había ella modo de ayuntar más dinero, e mucho temía que Filiberto hobiese fablado en poridat e se enforcase si non facia ella su mandado, ca non habíale nunca visto atan embriago e rebatoso. E luego de mucho cavilar lo que ficiese, pensó que non podía facer ál que lo que estonce fizo, que fué se partir dende á fablar con el alcalde que era su amigo e consejero, e home enviso e mesurado e esciente e acucioso, e pesquisidor de derecho e conocedor de los homes e de las cosas; e ansí que hóbole dicho quanto le contesciera e que Filiberto había intención de se enforcar, contestóle el alcalde que non hobiese ende temor, que non se enforcaría, pues bien sabia él que todo aquello decíalo por la dejar asustada e so-

seida e lograr ansí su pró más fácilmente; e para que presto saliese de aquella cruel dubda, consejóle tornárase á buscar á Filiberto e que dó quier que lo fallase le dijese que, sin perder pieza, llegárase y, e que él le entregaría todo lo que deseaba.

Fuese la madre e falló al su fijo en una solitaria rua dó solía ir á ver á una de sus amantes, e díjole las mismas palabras que el su consejero habíale consejado le dijese; e como non hobiese Filiberto sospecha de lo que para su dapno se tramaba, presentóse al alcalde, creiendo íbale á entregar las cuatrocientas doblas qne nescesitaba; e luego que amos hobieron cambiado las saludes fablóle el alcalde desta guisa: «Sabed que sabido he yo por persona que ha convusco amistanza e que non ha costumbre de mentir, que habedes fecha decisión de enforcarvos hoy á hora de viéspedes e como quier que en vuestra morada non podríades vos enforcar, ca seyendo ende sabidora vuestra madre cataría de facer cosa que vos fuese empescedera, llamado vos he para vos decir que yo habré grand hondra e grand placer en vos ayudar quanto podiere, e ansí agora pienso dejarvos solo en este mi aposente, dó

podredes muy bien facer vuestro seso en poca pieza, sin que home alguno vos vea nin vos oiga nin vos pueda poner ningund empescimiento.» Esto oído, fué muy espantado Filiberto de lo oir, e mucho más lo fué desque vido que el alcalde tomó una soga larga como de unos cient palmos, e la pasó por una fuerte argolla de fierro que había suso en el techado e dijo cuando hobo acabado de la extendejar:

«Esta soga, que buscado vos he, non se quebrará magüer tiren della veinte bues, e por si sobre esto hobiésedes mala sospecha, sabed que es Pantario Xuares, el verdugo, quien me la ha traydo e non ha quince dias que enforcó con ella á un nigromante moro que había grand fuerza e corporencia». Cerró los ojos Filiberto, ca mucho espantábase de ver aquella atan endiablada soga. E á poco llegóse antél un home como de sesenta años, escorrecho, con la color del rostro amarellenta e de muy mala catadura. E dijo el alcalde á Filiberto: «Este buen home que aquí llega, es el soterrador que vos soterrará luego que vos enforquedes, e serle-y-a convenible le dijésedes, ante, de qué guisa vos ha de soterrar, e quando, e como, e dó

queredes que lo faga que non sea en logar sagrado, ca non puede esto ser, ca bien sabedes non es permitido yazgan en logares sagrados aquellos que son fenescidos por su voluntat e non por la de Dios que es á quien corresponde disponer de nuestras vidas e de nuestros cuerpos e de nuestras almas.»

Veyendo el alcalde que le non respondía Filiberto cosa alguna, mandó al soterrador que se saliese dende e que aguardase afuera en otra cámara, fasta que hobiesen dél nescesidad.

E luego, presentóse y, un pariente de Filiberto; e como quier que viniese sabidor de lo que había de facer e de decir, ca fallábanse el alcalde y él concordemente, llegóse á Filiberto e abrazóle e dijo:« ¡Oh, cuan pesaroso e contrallado só de saber que habedes fecho juramento de vos toller la vida, ca muy bien vos conozco é sé que si habedes jurado que vos enforcaríades hoy á hora de viéspedes, non habrá consejo nin razón que vos mueva á facer ál, ca home sodes de muy grand fortaleza e osadía, e valeroso, e fiel complidor de vuestros juramentos e non sé yo que hayades nunca dicho palabra

vana, nin loca, nin desapuesta, nin sobejana, nin baldía. E por ende non he yo de vos facer la ofensa de impedir que fagades aquello que habedes dicho que faríades, e ante bien, pienso vos dejar agora solo, porque podades mejor complir vuestro talante, pués si aina lo non compliésedes, podervos-yades arrepentir de vos matar e chufaríanse de vos, estonce, vuestas amantes e vuestros parientes e vuestros amigos, ca mucho paresce mal que el grand señor non haya seguranza nin firmeza en sus decisiones, e presto, seríades de todos aborrescido por perjuro e baldonado por cobarde.»

«Fablado habedes muy sesudamente, contestó el alcade, e pues facerse ha todo atal como Filiberto lo juró, despidámonos dél e non fablemos más.» E con grand tristura, sospirando réciamente, abrazáronle e saliéronse del aposento e dejáronle y.

E desque Filiberto veyérase solo, comenzó á tremer e pasó grand pieza atordido egual que si soñase; e luego oyó roido de gente que daba voces en la rua, e asomóse á la finistra, e vió fallábanse ayuso muchos homes e mujeres e mochachos, e cató de oir lo que fablasen, e dijo una mujer: «Cierta

só de que Filiberto non habrá valor de se enforcar, que ha mucha cazurria e cobardez el fijo que amenaza á su madre e face escarnio della, e los homes que son cobardes e cazurros han mucho miedo de la muerte.» E dijo un home: «Yo digo que si non hobiese jurado con verdat, debemos le enforcar nosotros, ca nada perderáse con que le matemos.»

Muy congojado Filiberto, cerró la finestra ca non queria más oir, e subióse sobre un banco, e tomó la soga e fizo en ella un nexo, e pósose el nexo enderredor del cuello, muy bien apretado. E con mucho fervor, pidióle luego á Dios que le perdonase e rezó un credo. E rezado que hobo, fizo caer el banco para se quedar él colgado de la soga.

E acontesció que non podo sofrir la soga atanto peso e quebróse; e non es maravilla, ca muy bien sopo el alcalde cuando la colgó, la disponer de modo que al menor esfuerzo se quebrase.

E quebrada que fué la soga, cayóse Filiberto al suelo; e como quier que al caer, ficiese sobre las losas con el cuerpo muy grand roido, entró el alcalde con varios de sus servidores, e falláronle desmayado, e

cogiéronle entre todos e lleváronglo den-de. E quando Filiberto abrió los ojos, fallóse en su casa al lado de su madre, e recibió grand alegria de veer que estaba vivo e sano, e hobo repetencia de todo cuanto había dícho; e juró, con verdat, non volver á decir que faríe cosa que facer non pensase.



ENXEMPLO XIII

La honra de otrie non debe home de mancellar
si la su honra desea sin mancilla guardar.

Un caballero florentino, llamado Agnolo Caruccio di Riballo, casóse con una ginovesa, de la que mostraba se fallar enamorado ciegamente, e ansí era la verdat. Empero como el tal señor Caruccio era home asaz antojadizo e mucho mujeril, e non es ninguna cosa que más liviana nin más movible sea que el corazón del home, acaesció que desque hobo fecho con la ginovesa su solaz, non fincó más en él la afición que por ella sentía, e osó poner el pensamiento e la mirada en la mujer de un fornero amigo suyo, de la cual oido he yo contar que había

muy grand fermosura e que llamábase Gianetta.

Mucho se trabajaba el malferido caballero de buscar ocasión en que complir podiese los sabores de la su voluntat, mas en ninguna guisa non podía se llegar á Gianetta segúnt que lo él ambicionaba, ca era el marido muy celoso, e non permitía á su mujer fablar con home alguno, nin dejábala asomar á las finistras de la casa, nin consentía que aluengárase dende si non era dél acompañada.

Aina Agnolo convencióse de que por su seso e por su arte, non estorcería nunca de las cuitas é tribulaciones propias del amor, e como non era home que se guardase de las cosas temeredas, invocó al diablo para que le favoresciese e consejase e presentógele este muy ligero e pactaron amos; e segunt que amos lo pactaran, comprometiose el diablo á le entregar á la fornera una carta de Agnolo extensa e polida e muy bien razonada, capaz de mover á compasión e á cobdicia á la más honesta e recatada de cuantas mujeres se conoscen, ca se non ha escrito nunca en este mundo carta que hobiese dentro más crecido número de ofreci-

mientos e promesas, nin frases atan amorosas e floridas e homildes e corteses como las que en aquella carta se leian.

E sabed que ante de se partir el diablo dó le era mandado con la carta que desuso es dicha, quis que Agnolo prometiérale non se mover dende nin facer cosa sin que él gela mandase, e prometiógelo Agnolo. E desto, fué el diablo mucho alegre; e guardó estonce la carta; e sacó del zurrón que traya al hombro un pico de buitre e una mano de muerto, e diógelos á Agnolo, e díjole que cada que hobiese dél nescesidad que tomase aquel pico de buitre e lo fincase en la mano del muerto con la mayor saña que podiese, e que si esto facie non había mester ál para que el recudiese do quier que lo llamase.

E á la fín llegóse el diablo á la finiestra e la abrió de un soplo e fuese por los aires meneando la pajuela á todo pajarote.

E como bien sabedes que ha el diablo muchas e muy diversas arterias e mesturas para se demudar, si aviénele ende pró en home ó en mujer ó en cualquier clase de piedra e planta e animalia, llegado que fué cabe la casa del fornero dejó su natural figura e demudóse en una mujer vieja, e pobre e gafa

e piojosa e fedorienta; e desta guisa, como quien pide una alimosna, presentógele al fornero e fizo antél grant llanto e comenzó de decir muchas cosas doloriosas que serían largas de contar, que non había home en el mundo que el corazón non quebrase. E mucho fué el fornero congojado de la oir e de la ver atan lazdrada e atan engafecida, ca era home compasivo e otrosí de noble e de blando corazón, e hobo, por ende, grand priesa en la acorrer; e ordenó á Gianetta que sobiera con ella á la cocina e diérale y algo que comiese.

Obedesció Gianetta, e sobió delante, de señera; e como el diablo placentéase con la mentira, ca es muy grant trabucador de poridades, e gusta de enrizar á los homes e de falsar lo que promete, cató de como metería enemistat e aborrencia entre ellos, e ante de seguir á Gianetta, guiñóle un ojo al marido para que los siguiese.

Entendió el fornero la significanza de atal guiño, e sobió endellos la escalera, e quedóse gachado, cabe la cocina, en sitio dó podía asechar á su mujer e pesquisar lo que facie sin que ella hobiese ende sospecha nin recelo. E vió desí que el diablo sacó la carta que

Agnolo le entregara, e diógela á Gianetta que la non quería rescibir, empero díjole él que non hobiese cobardez e que la rescibiese, que non decíase en aquella carta cosa que podiérale empescer nin agraviar, e leyóla estonce Gianetta e fiz grant enojo mientras la leía, e dijo cuando la leyó:

«Mostrado ha muy sobejamente vuestro amo el signor Caruccio di Riballo, non haber envisidat, nin seso, nin mesura al me escribir aquesta carta; e obrado ha contra mí á grand tuerto, sin saber lo que facie, más con mala voluntat que me tenía encobierta, pues dado non he yo pretexto para que ansi me escriba, ca non só yo mujer loca nin bagasa que faga placentería con cualquiera. E por ende sin más excusación quiero seades agora salida desta la mi casa e vos tornedes á la vuestra e le digades á vuestro amo que magüer jurase con verdat me donar todas las riquezas que posee, non he yo de facer traición á mi marido, ca non me quiero condenar que sería homecida de mí misma, e por buena fé una de las mejores bienandanzas deste mundo es haber honra, ca la mujer honrada corona es de sus padres e del su marido e otrosí folgura de los sus huesos, e

non ansí la mujer mala e poco podorosa, la qual es peor que víbora, que desta fúyense todos por se non ver emponzoñados e faz el dapno por sí sola, e aquella busca home que faga con ella aparcería, e si lo non encuentra fácela con el diablo que es aparcero de todos los viles e traídores. E pues dicho vos he en poridat lo mejor que se me entiende deste asunto, me non afinquedes más para que vos atienda, pues non fablaré cosa, que la mujer sesuda es de pocas palabras e de gran fecho, e conoce las obras ante que se meta á ellas, e bien conozco yo me sería mejor la muerte que perderme con Dios e con mi buena fama.»

E seyendo ansí fablando Gianetta, salióse el fornero del logar dó fallábase abscondido e fuese llegando pora su mujer, e muy maravillado, de oir aquellas palabras blandas e sabrosas, tomóla en sus brazos e la besó amorosamente; e con lagrant vergüenza que ende hobo echóse Gianetta sobre él poniendo la su cara con la suya, e fizo muy esquivo llanto con grant contentamiento del fornero que non sabía cómo gradesciese á Dios la merced que le ficiera en una atan leal esposa.

E lo que luego desto contesció, fué que el diablo veyéndose perdido, que nunca creyó podiérase Gianetta estorcer dél, pensó conveníale se descobrir antellos, ca bien sabía él se non podría esquivar ende, e desnuyóse de aquellas lixosas ropas que llevaba, e presentóse ante el fornero e la mujer, de sobrevienta, en su figura natural; e atanto pavor ficieron amos de lo ver que aina quisiéronse foir, e hobiéranse foído si les non dijera el diablo que se confortaran e non hobiesen miedo dél e que se non fuyesen, ca non venía y como enemigo, e ante bien presentábase á ellos como servidor e como consejero, e porque non dubdasen ende consejoles lo que más conveníales estonce de facer para tomar venganza del caballero Caruccio di Riballo.

Paresciόle bien al fornero lo que en aquella razón le consejaba que ficiese e fió dél e aventuróse á lo facer todo atal como el diablo gelo consejara. E lo primero que por su consejo fizo fué se poner unos calzones que eran fechos de pedazos muy viles e muy rotos e de muy diferentes pannos e colores e ansi guisado estovo grand pieza andando por toda la cibdat. E léise que todos cuantos

fallábanse con él facien muy grant riso de ver que llevaba unos calzones atan laidos e atan fuera de uso e de sazón, e mucho más reíanse cuando cataban que iba el fornero mostrando sus vergüenzas por las roturas que habíen los calzones del lado de amas cuxas; e atanta priesa dióse la gente en se asomar á las finiestras para lo ver pasar que non quedó en la cibdat home nin mujer que non ficiese trebejo del fornero e de los sus calzones.

E aquesto fincó ansí. E tornóse el diablo para la casa de Caruccio e fallóle en el lecho caido en grant malenconía, ca mucho desfiuzaba de que podiese nadie lo tirar de aquel embargo e fiz por ende buen talante desque vió tornábase y el diablo en poca pieza. E aina enfestóse e preguntóle cuales eran las nueva que le traya, e dijo el diablo: «Decirvos-he que non vos queje más la fuerza del amor, que fablado he yo con Gianetta en la su casa e bien vos digo en poridat que façedes muy grant derecho de la amar e de fiar en ella e de facer cuanto facedes e aún más si más ficiésedes, ca sabed que vuestra carta, ferido le ha el corazón como saçta, e mucho encargóme vos dijese que

aplacerle-y-a se espaciar esta noche convusco á su sabor, e dióme esta llave para que con ella podades entrar en la su cámara por la puerta del forno que hay contra el muradal. E non hayades miedo de entrar y, ca fállase el marido ausente e cierto só yo que ella lo guisará que se faga ansi como lo tenedes vos en corazón.»

Plógole mucho al caballero de oir atan sabrosa nueva e á la hora que el diablo le indicara entró furtiblemente en casa del fornero, e fué de su amada muy bien rescibido e comenzaron los dos á departir alegremente.

E á poco el fornero comenzó de dar muy recias voces llamando á su mujer, e Gianetta finjiendo haber muy grand espanto dijo: «¡Ay, malaventurados de nosotros, ca mi marido es aquí ya e perdidos somos si nos vé! Abscondedvos yuso desa cama e non salgades dende, que podervos-y-ades mucho arrepentir si ficiésedes ál.»

Abcondióse Caruccio e fuese la fornera, e como quier que pasaran muchas horas e non tornábase, creió Caruccio que el fornero habríala matado e comenzó á mesarse e á carpirse convencido de que el home que

face la obra sin razón e sin tiempo non se aprovecha de su fruto. E non sabiendo qué ficiese para salir vivo de aquel afincamiento, membróse del pico de buitre e de la mano de muerto que el diablo le entregara, e fincó el pico en la mano muy sañudamente, e aína sintióse grand fedor de azufre, e presentóse el diablo antél e dijo el diablo: «Tomad estos calzones e ponedvoslos e luego que vos los pongades, podredes foir sin que nadie vos oiga nin vos vea.» Tomó Caruccio los calzones, que eran los mesmos que habíase el fornero puesto de ante, e vistiose con ellos, e salió de la estancia, e cuando pasó por delante del fornero non fizo este signo nin semblante extraño e dejóle pasar como si le non veyese.

Salió Gianetta empos dél e ansí que vióle entrar en la morada dó vivia, paróse ella á poco trecho de la puerta, e pósose desi á dar grandes lamentos e sospiros como si se saliese de su seso; e con grand curiosidat de saber por qué facie Gianetta cosa atan desaguisada, fueron llegando y muchas mujeres e homes e mochachos. E luego llegó el juez e preguntóle por qué lloraba de atan fiera guisa, e dijole Gianetta: «Se-

ñor, mi marido e la mujer del caballero Caruccio de Riballo fácenme traición e amos han sido esta noche fornecinos.» Non creió el juez que la fornera fablase con verdat, e sobió con ella á la morada de Caruccio, e aina falló Gianetta los calzones con que Caruccio se foyera, e mostrógelos al juez e á los vecinos, e todos juraron ser aquellos los calzones del fornero, e chufáronse del malaventurado florentino e hobiéronle desde aquel día por cornudo.

E ansí cayó sobre la hondra de Caruccio el baldón que quiso él cayese sobre la del fornero.

LA FEA HERMOSA

(CUENTO DEL SIGLO XIV)



CAPÍTULO I

Cómo dize el cuento del cauallero Veringuer e de sus fijas Biuerlanga e Belisenda

Auía en el reyno de Londres, como á dos trechos de ballesta de la cibdad de Camaloc, vn mvy soberbio e famosísimo castillo, cercado de muro e de carcaua, e de tal guisa obrado e assentado que era marauilla, ca estaua contra vn monte mvy espesso de árboles e de malezas fragoso, e tan alto que el cielo parescía se ayuntar con la mucha e blanca nieue que la aguda cima del monte coronaua.

E sabed, que el dueño e señor del tal castillo auía nombre Veringuer e auría edad como de setenta años, que asaz mostraua no ser moço en lo sabio e lo prudente e lo

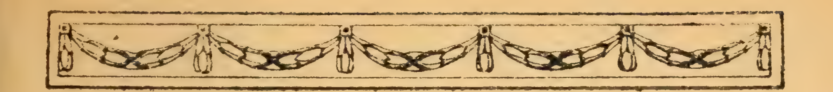
sesudo y en la lixosa e luenga barua que vna gran porción del pecho le cubría.

E sabed que no ay en el mundo cauallero que pueda le se comparar á este que vos digo, ca era bueno e leal e generoso, bien quisto de dueñas e uasallos, complido e galán con las donzellas, e valiente, sofrido e justiciero, e tan amante de la caça que no ay cosa que más plazer e gusto le ficiesse. E tanto se folgaua de se yr con sus sabuesos em pos de los cieruos que en la floresta del monte se crescían, que pasaua luengos meses lexos del sv castillo, dormiendo en escuras e solitarias cueuas, sin auer pauor de las feroces e ponzoñosas alimañas que entre las yeruas e los riscos se guarescen.

E sabed que dicho cauallero Veringuer vuo dos fijas donzellas, e la vna auía nombre Biuerlanga e la otra llamauan Belisenda. E la que auía nombre Biuerlanga, era de vna tan deleytosa e compassada fermosura, que las moças por enuidia e los honbres por miedo á se quedar captivos de ella si la veyan e fablaban, facían ruego á Dios de no se la encontrar en su camino.

E la fija menor de Veringuer que llamauan Belisenda, era fea, enfermiça e mons-

truosa; e tanto, que no ay humana y material imperfeción que en el su cuerpo no estouisse, e por esso e no por ál, auía Veringuer gran cuyta e gran vergüença de la lleuar á parte alguna, ca todos cuantos con ella tropeçaban, al verla quedáuanse atordidos y espantados, e mvy aina se sinaban e fuyan, no de otra guisa que si topassen ende con el diablo. E los más irados e fardidos, punaban mvy sañudos por la insultar e la escanir, ca no sauían ellos que aquella tan sobexa fealdad de Belisenda, manfería con sv sotil e biuo engenio. E yo vos juro agora que la tal doncella, era sesuda e compasiua, e mvy cristiana e temerosa de Dios; e non assí Biuerlanga, cuya belleça e loçanía eran un engannoso uelo so el cual ocultaua sus bajas e viles intenciones, e de esto dirá el auctor más adelante que agora no es ocasión de lo dezir.



CAPÍTULO II

De como Belisenda fuesse á ver á vn hermitaño e del gran pavor que vuo en el camino.

E aconteció que Belisenda vuo noticia de que á menos de dos leguas á la siniestra del castillo, auía vna antigua hermita cabe unas matas, sobre vna peña; e otrosí supo que en la tal hermita, moraua vn hermitaño mvy uersado en cosas del cielo e de la tierra, el qual era vn mvy gran desfacedor de encantamientos e poseya el don de adiuinar todo aquello que estouisse por venir. E vna noche Belisenda, muy cuytada, membrosse de él e pensó de se yr á le contar sus cuytas e quando la hora de bisperas fué pasada y mvy á sv plazer dormía toda la gente del castillo, partiose dende sin ser vista ni oyda

de dueñas ni uasallos, e metiose en el monte contra diestra y en poca de hora alongose tanto del alcaçar que no supieron della parte.

E sabed que como iua desconhortada e cauilosa, perdiosse en la espessura; y al pasar cabe vn repaxo, uió á vnos pastores que sobre la yerua descansauan; e gritó para les despertar; e quando fueron despiertos, preguntóles por qual senda llegaría á la hermita más aina; e respondieron los pastores: «De esa hermita no sabemos nos cosa e nunca della oymos fablar.» Y entonces Belisenda dixo: «¡Aimé! Ca yo pensaua que era ende cerca e agora soy tan lueñe, que los pastores de esta tierra no saben della parte.» E quando esto dixo, siguió andando; e magüer era grandánime, muy llorosa leuantó los braços contra el cielo e vuo estonce gran pauor, ca vió que todo él estaua escuro, sin luna e sin estrellas e de muy negras nubes cubierto, como quando se vé venir vna tormenta. E assí fué, que á poco, espongióse la tierra con el agua que de suso començó á caer sobre ella en gruesas e abundantes gotas; e oyosse vn fuerte trueno que fizo tremer las fojas de los árboles; e

muy sañudo el uiento, arrancóle el manto con que la cara se cubría e siluó, al se lo arrancar, como si della e de su mucha pena se riesse. Y estonce Belisenda, corrió tan espantada que los pies se le llagaron, e sintiose muy dolorida de ambas cuxas e por donde andaua era todo el monte cubierto de sangre, ca muchas e muy grandes feridas auía; e tanto sofrió que no pudo sofrir más...

E cayó en tierra de rostros.



CAPÍTULO III

De cómo se encontraron el hermitaño y Belisenda.

Quedóse Belisenda de todos los sentidos priuada e quando uoluió de su amortecimiento, hallóse en vna húmeda cveua, sobre un montón de fojas secas tendida, e uió que á algvnos passos della, estaua reçando vn hermitaño que ayna conoció ser el que con tanto apresuramiento auía ido á buscar; e con esto, fué mvy conhortada e dando vn gran sospiro leuantosse e hyncó los ynojos ante él, mas no pudo dezir cosa, ca no la dexó fablar el mucho fallescimiento que sentía; e assí lo comprendió el hermitaño, el qual luego que vuole dado para lo besar el crucifixo que sobre los hábitos atado á la

cintura lleuaua, mvy compassiuamente dixo: «Vos auedes cuyta ca mucho vos ueo triste.» «Assí es, e yo vos digo en poridad que mvy mala estoy e lassa e cansada.» «No vos dén temor vuestras feridas, que magüer touiessedes mil enfermedades, yo he ay para vos las poder curar, espliego, romero, e tartarosa; galio e gramonilla; e sauco e graciola e maluabisco e otras muchas salutíferas y milargosas yeruas. Mas agora alçadvos de ay e me dezid quien sodes e que auentura vos traxo, ca bien sé yo que sin raçon no venistes aquí.» «Sí haré» contestó la donzella.

E començó su historia de esta guisa.



CAPÍTULO IV

De lo que contó Belisenda al hermitaño

Sebed que yo só fija del cauallero Beringuer, que es vno de los más preciados de seso e cortesía de quantos ay en este dilatado reyno, e otrosí tan poderoso, que ha muchos sieruos e tierras e ganados, sin auer cuenta de otras muy ricas e merescidas donas que vuo de le facer el rey Artur; e que yo he vna hermana que ha nombre Biuerlanga, de la qual, por mi mala uentura, véome atan aborrescida e atan menospreciada, que della vos diré que desea verme muerta en gran destruymiento, pues siendo mayor la fama que he yo conseguido por mi escesiua fealdad, que la que á ella hanle proporciona-

do su fermosura e discrección, mvy sesudamente piensa que no aura ella marido en tanto sea yo uiua en el mundo, pues todos los galanes que de su gran belleça están enamorados, assí que llegan al castillo pártense del mvy breuemente ca todos hallan menos pesadumbre renunciando al deseo de la poseer, que pasando por la verguença e repunancia que fazen al me coutemplar. E porque este mal sea euitado, tiénenme encerrada noche y día en sitio donde mis ojos no ven luz, ni mis oydos oyen cosa que no sea el rumor del uiento ó de la lluvia, con lo qual hállome en el mismo estado que criatura soterrada en uida, pues posseo voluntad e de ella no dispongo; y he todos mis sentidos sanos y de nada me doy cuenta; e solo puedo dexar correr el pensamiento, el qual no ay muralla que no salte, cadena que no rompa, ni mar que si le plaze no atrauiese. E siendo mi desuentura causada por mi fealdad, como dicho queda, y no auiendo remedio para lo segundo, mucho temo no haya fin lo primero; e ruégovos por ende me digades que me aconsejays vos, que sin vuestro consejo no faré yo nada, ante quiero mi fazienda traer por vuestro consejo.

CAPÍTULO V

De la respuesta que dió el hermitaño e Belisenda

Assí que Belisenda ouo acauado su discurso, dixo el hermitaño: «En verdad vos digo, sancta criatura, que gran yerro cometen los que dizen que sodes fea, ca no comprendo cómo pueda lo ser, cosa por el Señor creada, que a sauiendas Dios no iua a facer feo lo que pudo facer fermoso, e por error menos aún caue lo suponer; síguese desto, que todo es, en el mundo, bello y agradable quando se mira con los ojos de la inteligencia y de la fé, ca la belleça de las cosas está en el prouecho y el deleyte que dellas se saca, e todo quanto vemos es útil e conueniente e necesario; e assí mvy necio será

quien diga que una cosa es fea porque disienta e desemeie de su naturaleça e condición, que á tanto equiualdría dezir que la luz es mala porque el murciélago no gvsta della, e que el ayre no es sano porque mata al pez. Dígovos tal, por que non vos cuytedes desa vuestra fyngida fealdad, que de ay non puede venirvos sino bien, e tanto, que ayna vos seredes reyna y aureis mvy rica e numerosa corte; e por que non ayais sobre esto dubda ni extrañeça, saued que verna día en que los reynos no se alcanzen por la ley de la sangre ni por la fuerça de las armas, sino por las luces de la inteligencia e la bondad del coraçon. Non fagades, pues, miedo ni tristeça e quedad á mi cuydado, que yo quiero que ayays dende lugar de penitencia lo que yo vos dixesse; e mándovoslo sobre vuestra fé.



CAPÍTULO VI

Cómo Biuerlanga mandó matar á Belisenda

Agora dize el cuento que quando Biuerlanga vuo noticia de que Belisenda auíase fuydo de la prisión, fué mvy sañuda, ca, como dicho he, la odiaua tanto que no ay cosa nascida en el mundo que ella más odiase. E tan irada fué, que llamó á dos de sus más fieles seruidores e mandoles que se partiessen encouiertamente á la buscar, e que allí dó la viessen, la matassen. E prometiérongelo ellos; e partiéronse dende.

CPÍTULO VII

De cómo llegó al castillo el dvque de Salabres con una demanda del rey Amiat

E acaesció que al otro día, á hora de prima, oyosse fuera del castillo gran ruydo de trompetas e atambores; e Veringuer, creyendo que algvn sv enemigo se acercaua, deseoso de le combatir, fizo que toda sv gente se pusiesse en armas; e saliéronse todos; e con gran sorpresa uieron que por la rua del castillo uenía vn cauallero, de todas armas armado, sobre vn fermosísimo cauallo guarnido con paramentos azules de damasco bordado con argenterias e otras mvy ricas galas; lleuaua uestido de falsopeto verde de azeitunı́ vellud bellotado, calças bermexas e doradas espuelas, italianas, de ro-

dete; e tras el cauallero, iuan muchos ricos hombres e damas e pajes. E llegados que fveron á la fortaleça, el cauallero acercóse á Veringuer e saludóle; y él tornóle las saludes e preguntóle quien era y qué empresa le traya; e respondióle el cauallero que él era el duque de Salabres e que uenía de Cardoil á le facer una demanda en nombre de su señor, el rey Amiat. E mvy orgulloso Veringuer con tales nueuas díxole «Yo soy mvy alegre con uuestra uenida, e saued, que en esta mi fortaleça, sereys honrado á todo mi poder, assí como si fuéssedes en casa del rey Amiat.» E rogóles que se desarmaran e descaualgassen; e tanto de honra les fizo en el castillo, que ellos se marauillaron.



CAPITULO VIII

De lo que dixo el dvque á Veringuer

Luego que Veringuer y el de Salabres estouieron solos, dixo éste: Sabed que la buena uentura que á vos me trae, no es otra que la de vos pedir á vuestra fija Biuerlanga para esposa de mi señor el rey Amiat, el qual tiempo ha que por goçar de sus amores siente tan grande priessa e afición, que dize no será guarido de la tristeça que le agouia, si ayna no se la otorgássedes por muger. E assí, ruégovos se la otorguedes, que cierto soy de que al se la otorgar, aureis vos tanto de honra como él.» Y Veringuer estonces dixo: «Bien puede el rey Amiat tomarme á mi fija e a mí e a todas

mis tierras e uasallos, que si Dios me ayude nvnca oy demanda qne tanto me plaziesse.» E fizo embiar por la donzella; y el dvque marauillose al ver su fermosura que no creya fuesse tanta. E conuinieron en que al otro día, con el alba, patiríanse para Cardoil; y esto conuenido, el de Salabres dixo á Biuerlanga que hauía de yr todo el camino con el rostro couierto y mal vestida, que assí auíasselo ordenado el rey Amiat, que deseaua que por nadie fuesse uista ante que por él.

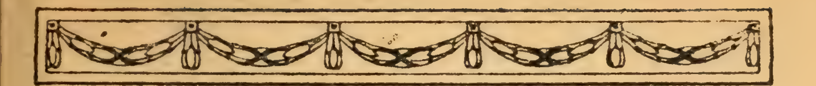
CPÍTULO IX

De lo que aconteció yendo Biuerlanga á Cardoil

E aquella noche, Biuerlanga tomó un viejo brial que de continuo vsaua sv hermana Belisenda; e vistiósse con él; e couriósse el rostro con vn esspeso manto; e assí guissada, con la primera claridad del alba, despidiósse de su padre e partiósse con el dvque y sv acompañamiento.

E caualgaron todo el día por vn camino mvy malo de caualgar, ca todo era lleno de barrancos y de piedras. E quando la noche fué uenida, metiéronse en el bosque e descaualgaron para aluergar en él, e dormieron gran pieça; e a poco despertose Biuerlanga sintiendo vna gran sed; e sin que nadie de-

llo se enterase, fuesse á una silenciosa e fresca fuente que corria entre vnas apartadas peñas e pússose á beuer; e mientras beuía, llegaron aquellos escuderos á quienes ella mandó que matassen á sv hermana, e tomándola por ésta cvyas ropas uestía, mvy traydora e despiadadamente la mataron e se fuyeron después de la matar. E todo esto fué uisto por el hermitaño el qual saliendo de la hermita que cabe la fuente se encontraua, soterró cristianamente á Biuerlanga, mas ante quitóle el manto y el uestido e fízosselos poner á Belisenda; e mandóla luego que fuesse á se acostar en la floresta en el mesmo lvgar do auía aluergado Biuerlanga e que se partiesse con el dvque á Cardoil sin descourir á nadie aquel engaño.



CAPÍTULO X

De como sin se descourir casósse Belisenda con el rey Amiat

E un día en Cardoil, quando ya desconfiaua el rey Amiat de que svs amorosos desinios se cumpliesen, presentóse un faraute en el alcaçar e díxole:—Señor, el dvque de Salabres llega con gran compañia de dueñas e de caualleros y ya es aqui.—Y esto oydo, el rey Amiat mvy consolado saliosse á reciuir al de Salabres; e assí que el dvque le uió llegar dixo:—Traígovos, señor lo que tanto deseades.—E contestóle Amiat: —Vos me feziste el mayor plazer qve nunca me fizo hombre.—E tomó de la mano á Belisenda, e besósela mvy cortesmente e rogola que, pues ayna iua á ser svya, se

quitasse el manto, ca muchos e mvy grandes deseos sentía de la poder admirar á sv sabor. E á esto replicó Belisenda:—Señor, casarme no he con vos sino es bajo promesa de qve no auedes de me ver el rostro en tanto que las bodas sean celebradas e desque me ayades posseído.» E mvy confiado, otorgóle Amiat esta demanda.

E al siguiente día desposáronse; e fué mvy grande la fiesta que los ricos hombres de Cardoil fiçieron en palacio; e mientras comían, el rey fizo tanto por Belisenda e por sv catar que ella entendió ser mucho lo que la quería. Assí que comieron todos, el dvque y los otros caualleros tornáronse para svs cámaras; e Amiat lleuó á la svya á Belisenda e mostrole vn mvy fermoso e rico lecho, que eran los pies de oro e los bancos de plata e de marfil y la couierta de xamate bermexo. E quando quedaron solos, Belisenda mandó apagar todas la lvces y estonce entregóse al rey, que fizo con ella su plazer; e regostáronse tanto, que parescioles mvy breue el tiempo que tardó en salir el sol. Ya entrado el día, dixo el rey:—Señora, bien vos tvue lo que vos prometí e agora quiero que me tengades lo que me

prometistes. Y estonce Belisenda quitose el manto e descouriose el rostro; y Amiat fué tan espantado dél, que muy sañudo dixo:—¡Ah, monstruo! Me auedes engañado... E alçó vn puñal para la ferir, mas ella postrose ante él e dixo lo qve en otro capítvlo se uerá.



CAPÍTULO XI

De las raçones que dixo Belisenda para se defender

Permitidme, señor, mostradvos la gran extrañeça e pesadumbre qve resciuo á la uista deste vuestro inhumano proceder. Fea e monstruosa como agora me uedes, era momentos ha cuando en mis braços saciáuays vuestra sensual cobdicia; e siendo assí como vos digo ¿que vos importan, señor, las imperfecciones de mi cuerpo si el deleyte que estonce reciuiste dél no ouiese sido mayor magüer fuésselo mi fermosura? ¡Aymé, quan nescia fuí, pensando que el amor, que es cosa espiritual e desprouista de materiales enuolturas, no necesitaua entrar por los ojos para llegar al coraçón! Sin cono-

cedvos uine, señor, á vos buscar; e a nadie preguntado he, cosa que atañesse á la belleça e loçanía de vuestro rostro juvenil, ca cierta era de qve para uiuır dichosa á vuestro lado bastáuame qve ouiéssedes alma cristiana e generosa. ¡O quan diferente vos creí! Mezquino e liuiano amor esse que vos inflama, pues asiéntase sobre cimientos tan poco duraderos e seguros quales son los de la humana fermosura! E agora, me dezid, señor ¿que auríades fecho si siendo yo fermosa e como tal querida e deseada por vuestro coraçón, ouiesse llegado con el tiempo vn muy desuenturado día en que, tras una dolorosa enfermeda, ouiérase, de repente, trocado en fealdad mi gentileça? ¿Auriays dexado de me querer por cosa tan agena á mi deseo e voluntad? No, ca seguramente, no caue en vuestro noble pecho tan vil e poco compasiuo proceder. Pues si negado no me ouiéssedes vuestro amoroso afeto al me uer trocada de fermosa en fea ¿por qué señor, vos averguença me querer tal como soy en este instante? Pensar, señor en qve lo feo, dexa de lo ser, quando los ojos se acostumbran á lo contemplar. ¿Que madre en el mundo no encuentra uellos á

svs fijor magüer sean repunantes é imperfetos? E los ciegos que nvnca vieron cosa ¿no sienten el amor con la misma puxança e vehemencia que aquellos qve las uen? Non querais, señor, qve los hombres sean peores qve las fieras, las quales, para amar, no necesitan eslegir, ca todas considéranse aptas e dispuestas para los goces del amor. E si estas, mis justas e sentidos raçones, no alcançan á templar el odio qve tan inuoluntariamente vos causé, hundyd en lo profundo de mi pecho ese puñal que me amenaça qve ante quiero la muerte qve dexar de ser vuestra lvego de vos auer amado e conoscido.



CAPÍTULO XII

De cómo perdonó el rey Amiat á Belisenda

Assí qve ouo acauado sv fabla Belisenda, mvy asombrado e conmouido, tornó el rey Amiat á la abraçar diziendo: Si por fea vos tvue ante de vos oyr, dígovos agora qve vos sodes la más fermosa e santa e bien nascida de quantas mugeres ay en este mi dilatado reyno.

E quando vuose notizia en Cardoil del mucho seso e discrezión de Belisenda fué por todos muy querida e respetada. E Amiat y ella reynaron luengos años e ouieron vn fijo uarón qve fué el más fermoso que auíase hasta estonce uisto, e non vos marauilledes desto, que las flores no nascen bellas e aro-

mosas por lo ser el lugar en que se hallan, que de nada sirue la belleça del lugar si no es buena e fecunda la tierra en que se las cvltiua.

GLOSARIO

GLOSARIO

de las voces anticuadas ó cuya significación ha variado, empledas en este libro

A

Aborrencia, *aborrecimiento.*
Acorrer, *socorrer.*
Acrescer, *crecer.*
Acucioso, *diligente, cuidadoso.*
Afincamiento, *apuro, congoja, apremio.*
Afincar, *apurar, importunar.*
Aguazal, *charco.*
Aina, *presto, pronto.*
Al, *otra cosa, lo contrario.*
Alcaraván, *ave zancuda.*
Aljofar, *perla.*
Aluengar, *alejar, alargar.*
Alueñe, *distante, apartado*
Allastrar, *arrastrar.*

Amarellecer, *amarillecer, ponerse amarillo ó pálido.*
Amos, *ambos.*
Animalia, *animal.*
Antél, *ante él.*
Antruejo, *los tres días de carnestolendas.*
Aparcería, *trato ó convenio de los que van á la parte en algún negocio.*
Aparcero, *el que tiene aparcería con otro.*
Arrepentencia, *arrepentimiento.*
Arrufarse, *enfadarse, arrugar el ceño.*
Asaz, *bastante.*
Asechar, *acechar.*
Asora, *á la sazón, á aquella hora.*
Atambor, *tambor.*
Atrevencia, *atrevimiento.*
Aureis, *habreis.*
¡Aymé! *¡ay de mi!*
Ayuntar, *juntar.*
Azeituní, *tela de Oriente, muy rica.*

B

Bagasa, *mujer de mala vida.*
Baldonado, *injuriado.*
Bellotado, *rizado.*
Bermejo, *rojizo.*

Bienfecho, *beneficio.*
Bisunto, *grasiento.*
Brial, *vestido de seda que se ataba a la cintura.*
Brosnamente, *bruscamente.*
Bues, *bueyes.*
Buxeta, *caja pequeña de boj.*

C

Cabe, *cerca de, al lado.*
Cañavera, *caña silvestre.*
Carbúnculo, *carbunclo.*
Carcaua, *foso de defensa.*
Cardeña,*piedra preciosa.*
Carnal, *carnaval.*
Carpir, *arañar.*
Catar, *mirar.*
Cazurria, *maldad.*
Cazurro, *malvado, perverso.*
Cobardez, *cobardía.*
Cochiello, *cuchillo.*
Compliésedes, *cumpliéseis.*
Concordemente, *de acuerdo.*
Conducho, *provisión que se lleva para viaje.*
Conhortado, *confortado.*
Conosciente, *conocido, amigo.*

Contino, *contínuo.*
Contral, *contrario.*
Contrallar, *contrariar.*
Convusco, *con vos.*
Corporencia, *corpulencia.*
Costreñido, *obligado, forzado.*
Culebro, *serpiente.*
Curó, *cuidó.*
Cuxa, *muslo.*

D

Dapno, *daño.*
Desfiuzado, *desconfiado.*
Desfiuzar, *desconfiar.*
Delibrar, *deliberar.*
Demandar, *pedir.*
Demudar, *mudar, cambiar.*
Dende, *de allí.*
Denostar, *insultar.*
Departir, *conversar.*
Derechudo, *recto, justo.*
Desaguisado, *hecho contra razón.*
Desapuesto, *descompuesto.*
Desbrocado, *desbocado.*
Desconhortado, *desconfortado.*
Desesperanza, *desesperación.*

Desi, *desde allí, después.*
Desnuyar, *desnudar.*
Desnuyo, *desnudo.*
Desoy, *desde hoy.*
Desplacer, *desagradar.*
Desque, *desde que.*
Desuso, *arriba.*
Deyuso, *debajo.*
Digades, *digais.*
Dó, *donde.*
Dolescerse, *dolerse.*
Donar, *dar.*
Duos, *dos.*

E

Efigiado, *hecho de bulto.*
Egualeza, *igualdad.*
Embaratar, *venir á las manos.*
Embriago, *embriagado.*
Empescedero, *lo que estorba ó perjudica.*
Empescimiento, *impedimento.*
Empezgar, *untar con pez una cosa.*
Enartado, *encantado, alucinado.*
Ende, *allí;* por ende, *por tanto.*
Endél, *tras él.*

Enderezarse, *dirigirse, encaminarse.*
Enfestarse, *ponerse erguido.*
Enfiesto, *de pié, erguido, enhiesto.*
Enfinta, *fraude, engaño.*
Enforcar, *ahorcar.*
Engafecer, *contraer la lepra.*
Enrizar, *indisponer, meter contienda.*
Entramos, *entre ambos.*
Envergoñado, *avergonzado.*
Envergoñarse, *avergonzarse.*
Envisidad, *perspicacia.*
Enviso, *sagaz, advertido.*
Escarnir, *escarnecer.*
Escuredumbre, *oscuridad*
Esciente, *sabio, entendido.*
Especiero, *el que vende especias:*
Especioso, *precioso, perfecto.*
Estó, *estoy.*
Estopaza, *topacio.*
Estorcer, *escapar, librarse de un peligro.*
Extendejar, *extender.*

F

Fagades, *hagais.*
Falsar, *falsear.*
Falsopeto, *jubón acolchado.*

Fame, *hambre.*
Faraute, *el que lleva y trae mensajes.*
Fardido, *atrevido, osado.*
Faríades, *haríais.*
Fedor, *hedor.*
Fedoriento, *mal oliente.*
Femencia, *vehemencia.*
Femenciar, *hacer uso de vehemencia.*
Fianza, *confianza.*
Ficiésedes, *hiciéseis.*
Fincar, *hincar.*
Finiestra, *ventana.*
Físico, *médico.*
Fiucia, *confianza.*
Folgar, *holgar.*
Fondal, *fondo.*
Fondonada, *hondonada.*
Forcedumbre, *fuerza.*
Fornecino, *el que comete pecado de fornicación.*
Fruente, *frente.*
Furtiblemente, *á hurtadillas.*
Fuste, *palo.*

G

Gachado, *agachado.*
Gafo, *leproso.*

Garganfero, *glotón.*
Gelo, *se lo.*
Grandánime, *de gran ánimo.*
Gualardón, *galardón.*
Guarescer *sanar.*
Guarido, *curado.*
Guarir, *curar, sanar.*
Guarnir, *guarnecer.*
Guisado, *dispuesto, preparado.*
Guisa, *manera.*
Guisar, *disponer, preparar.*

H

Hagades, *hagais.*
Herbizuela, *yerbecilla.*
Home, *hombre.*
Hondra, *honra.*
Hondrado, *honrado.*
Honestad, *honestidad,*
Hucia, *lo mismo que* fiucia.

I

Igualeza, *igualdad.*
Irado, *iracundo.*

J

Jarope, *bebida amarga.*

L

Laido, *feo, despreciable.*
Lassa, *desfallecida, cansada.*
Lazdrar, *padecer, sufrir.*
Léise, *léese.*
Lienda, *leyenda.*
Lixoso, *sucio, asqueroso*
Locilo, *nicho, sepultura.*
Logar, *lugar.*
Lorar, *llorar.*
Lueñe, *distante, apartado.*
Lumbroso, *resplandeciente.*

M

Mancellar, *mancillar.*
Manferir, *contrastar.*
Magüer, *aunque.*
Maridar, *casar.*

Membrar, *acordar, en el sentido de traer á la memoria alguna cosa.*
Mester, *menester.*
Mestura, *mixtura.*
Mesturero, *chismoso, enredador.*
Mirágulo, *milagro.*
Miraguloso, *milagroso.*
Muradal, *muladar, sitio proximo á un muro.*

N

Nascencia, *nacimiento.*
Nodrecer, *nutrir, alimentar.*

O

Orebde, *orífice.*
Orzo, *vasija.*
Otear, *mirar.*
Otrie, *otro.*
Otrosi, *además.*
Ouo, *hubo.*

P

Pajuela, *paja cubierta de azufre que arde con llama.*

Pelirgo, *peligro.*
Pensoso, *pensativo.*
Péñola, *pluma.*
Pesquisar, *inquirir, averiguar.*
Pesquisidor, *investigador.*
Pieza, *espacio de tiempo ó de lugar.*
Placenteria, *placer.*
Placerme-y-a, *placeríame.*
Podades, *podais.*
Podervos-y-ades, *os podríais.*
Podierdes, *pudiérais.*
Podríades, *podríais.*
Pora, *para.*
Poridad, *verdad.*
Posar, *descansar, alojarse en alguna posada ó casa.*
Praz, *place.*
Priego, *nudo, ligadura.*
Privillejo, *privilegio.*
Pró, *provecho.*
Proponimento, *proposición.*

Q

Querríades, *querríais.*
Qui, *quien.*

Quillotranza, *amargura, trance.*
Quis, *quiso.*
Quisierdes, *quisiérais.*
Quisto, *querido.*

R

Rabinosamente, *rabiosamente.*
Rabinoso, *rabioso.*
Rebatar, *arrebatar.*
Rebatoso, *arrebatado, violento.*
Rebociño, *mantilla ó toca corta.*
Recabdo, *precaución, cuidado.—«A buen recabdo» bien custodiado, con seguridad.*
Recolegir, *colegir.*
Recudir, *acudir.*
Regostarse, *aficionarse, engolosinarse.*
Repentencia, *arrepentimiento.*
Revesado, *enrevesado.*
Riso, *risa.*
Rua, *calle.*

S

Sabedes, *sabeis.*
Sabidor, *sabio, sabedor.*

Saltaembarca, *especie de ropilla que se vestía por la cabeza.*
Saludes, *saludos.*
Sciencia, *ciencia.*
Seades, *seais.*
Seguranza, *seguridad.*
Semejable, *semejante.*
Semejar, *asemejar.*
Señera, *guía.*
Serme-y-a, *seríame.*
Serpia, *sarmiento.*
Seso, *sentido.*
Sesudo, *razonable, inteligente.*
Seyendo, *siendo.*
Significanza, *significación.*
Sinarse, *signarse, hacer la señal de la cruz.*
Sobejamente, *excesivamente,*
Sobrevienta, *de improviso.*
Sodes, *sois.*
Sopierdes, *supiérais.*
Soseido, *verse snjeto ó dominado por otro.*
Soterrador, *sepulturero.*
Soterrar, *enterrar.*
Supitaño, *súbito, pronto.*
Suso, *arriba.*
Suspición, *sospecha.*

T

Tafur, *tahur.*
Talante, *semblante, modo ó manera de ejecutar alguna cosa.*
Tartalear, *tartamudear.*
Temereda, *digna de ser temida.*
Tempración, *templanza.*
Ternía, *tendría.*
Toller, *quitar.*
Torquesa, *turquesa, piedra preciosa.*
Torticiero, *el que comete tuerto.*
Trabar, *prender, agarrar.*
Trebejo, *burla.*
Tremer, *temblar.*

V

Vegada, *vez.*
Vellud, *velludo, afelpado.*
Venador, *cazador.*
Venar, *cazar.*
Venedizo, *advenadizo.*
Ventreñero, *glotón.*
Veredes, *vereis.*

Verná, *vendrá.*
Veyese, *viese.*
Veyendo, *viendo.*
Viandero, *el que sírve ó administra la vianda.*
Vido, *vió.*
Vierdes, *viérais.*
Viesos, *versos.*
Viéspedes, *vísperas.*
Viscó, *vivió.*
Vuo, *tuvo.*

X

Xamete, *tela de seda, á veces entretejida de oro.*

Y

Y, *allí.*
Yogar, *tener acto carnal.*
Yuso, *abajo.*

ÍNDICE

DEL MISMO AUTOR

Ultima obra publicada

EPISTOLARIO BATURRO

con un epílogo de *El Sastre del Campillo*

Aparecerán en breve:

Versos de Muchos Colores

Un volumen en 8.° de más de 250 páginas.

SECRETOS A VOCES

HUMORADAS, EPIGRAMAS Y CANTARES.

En preparación

EL PAIS DE LA JOTA

CUADROS ARAGONESES

libro vá ilustrado con profusión de autógrafos de Palafox: Varsaje, Primo de Rivera y otros héroes de 1808. Precio, 1'50 ptas.

LA MUSA NUEVA
POR EDUARDO DE ORY

Con el título **La Musa Nueva** acaba de publicar el laureado y distinguido poeta Eduardo de Ory una hermosa *Antología de líricos modernos de España*, que seguramente ha de alcanzar un extraordinario éxito, dado el interés que ofrece un libro tan ameno y variado como éste.

La Musa Nueva donde figuran más de cien poetas posee un doble mérito: el de ser una obra cuidadosamente formada y el de presentar una brillante pléyade de modernos trovadores; algunos de los cuales aunque son *inéditos* dan muestra de una feliz y lozana inspiración.

Precio de cada ejemplar: **Tres** pesetas.

A provincias se envía franco de porte y certificado por el mismo precio.

Cada pedido superior á 5 ejemplares, tendrá un descuento de 20 por $_0|^0$.

ZARAGOZA
Poema épico por Melitón Martín y Villalta

Este poema que canta de una manera detallada y minuciosa las proezas del primer sitio, tiene el mérito de haber sido compuesto y traido por su autor desde la República de Panamá donde reside hace muchos años.

Consta de una invocación en la que pone el autor de relieve y hace sentir su inmenso amor á la tierra aragonesa, y tres cantos en sonoras y hermosas octavas reales que como dice Hermosilla, son piedras de sillería para esta clase de asuntos.—Precio: **Una** peseta.